

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVI

San José, Costa Rica **1933** Sábado 20 de Mayo

Núm. 19

Año XIV. No. 635

SUMARIO

Homenaje a José Martí, en el 38 aniversario de su muerte:

Hombre de servicio y de pensamiento..... Félix Lizaso
José Martí, artista..... Juan Marinello
El americanismo de Martí..... Camillo Carrancá Trujillo
Huellas de Martí en México..... Antonio Acevedo Escobedo
Fué el suyo paso de Arcángel..... Juan del Camino

Tarjeta bibliográfica de José Martí en el Rep. A.

Cuaderno de Apuntes..... Gabriela Mistral
Carta casi lírica a Lolita Arriaga..... Luis Felipe Rodríguez
Mister Lewis..... José Fabio Garnier y J. García Monge
Pensando en Clara Diana..... Nicolás Guillén
Palabras en el Trópico.....

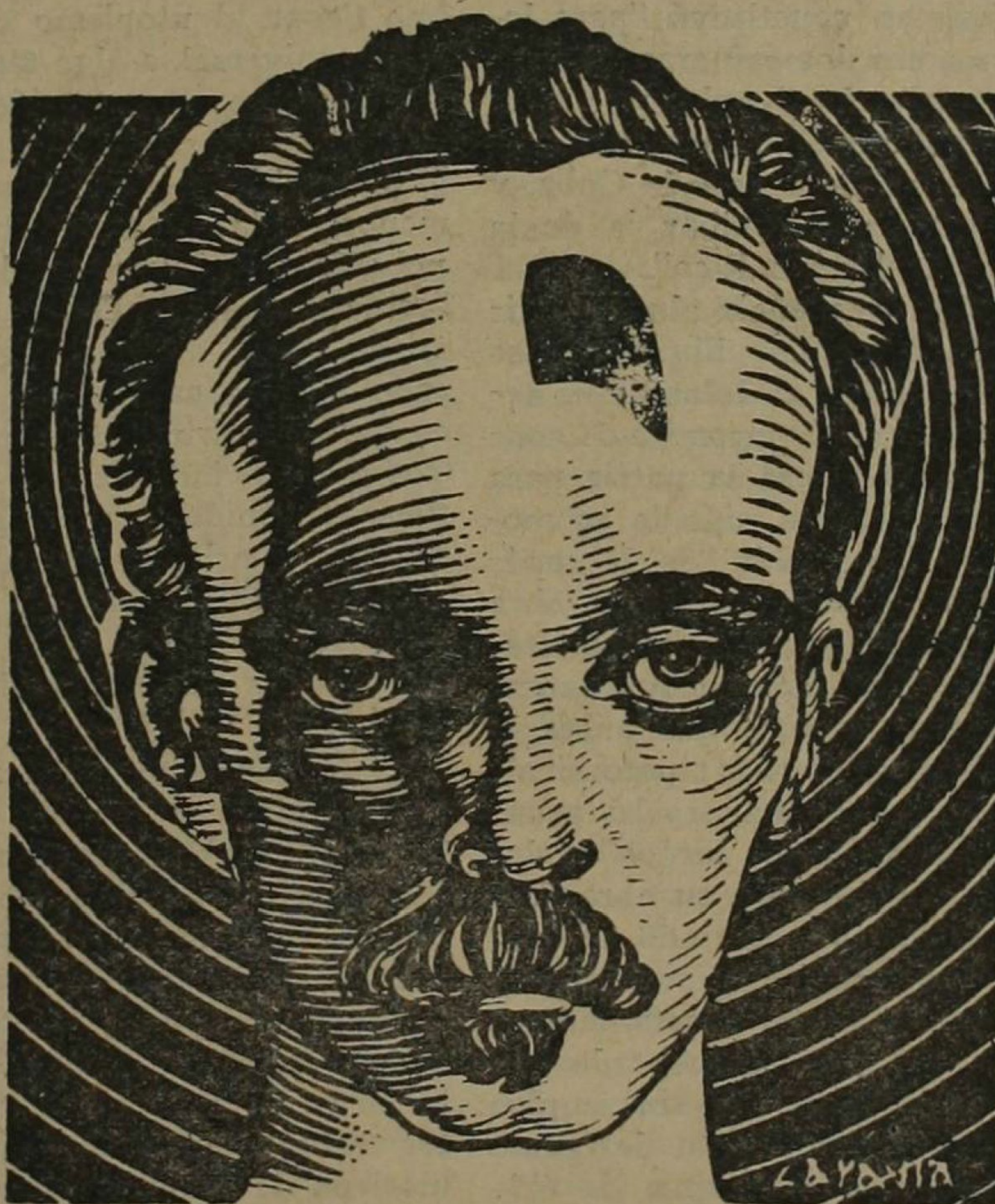
Homenaje a José Martí

en el 38 aniversario de su muerte

(Iniciativa y colaboración de los escritores cubanos JUAN MARINELLO y FELIX LIZASO)

La vida del hombre en quien se da la dualidad de hombre de acción y hombre de pensamiento, ofrece esos dos ángulos invertidos como asideros de medición. Lo frecuente será que nos fijemos y detengamos en el primero, cuando la figura y su proyección están aún próximas a nosotros. Con la distancia, acción, carácter, pensamiento, van identificándose, como visiones divergentes que superponiéndose y acomodándose, terminan por coincidir en un foco único,—la personalidad.

En Martí, además, ocurre otra peculiaridad. Vivió la mayor parte de su vida alejado de su país, proyectando casi exclusivamente sus pensamientos sobre América. América lo conoció inmediata y directamente como pensador, periodista y poeta, en tanto que durante su vida fué escaso el número de los que en Cuba sabían de otra actividad suya que la de sus ideas y afanes separatistas. Diez y ocho años tenía Martí cuando salió del trabajo forzado del presidio a la deportación en España. En un período de veinticuatro años no volverá a Cuba sino tres veces—la última para morir,—y entre las tres, no podemos contar más de diez y seis meses de permanencia en su tierra. Su obra toda fué escrita en el extranjero, publicada en los periódicos de México, Guatemala, Argentina, Venezuela, Honduras. Cuando sus correspondencias a *La Nación* de Buenos Aires recorrían el continente americano y se reproducían y comentaban en toda su pren-



José Martí

28 enero 1853 — 19 mayo 1895

Dibujo de Caravia

Hombre de servicio y de pensamiento

= Esta es la 3ra. parte del prólogo a la edición de Martí, en francés, que prepara, en París, el Instituto de Cooperación Intelectual de la Liga de Naciones; edición al cuidado del poeta Mariano Brull =

sa, a Cuba es posible que ni llegara el eco de su voz. No hay sino ojear las colecciones de nuestros periódicos para convencernos. A Cuba sólo llegaba—subrepticamente—la voz del patriota que, aleccionado por los tropiezos de

la guerra de 1868, maduraba los planes para un golpe decisivo al yugo español. Conoció una guerra rápida, una guerra de revuelo, en que los cubanos organizados en la emigración, guiados por los jefes de la campaña anterior,

y en acuerdo con un levantamiento simultáneo de todas las provincias, produjeran un golpe efectivo a la soberanía española. Hombre que había logrado su propio dominio, su idea cuajó en el momento oportuno, y el Partido Revolucionario, obra suya y modelo de organización, le sirvió a la vez para llevar la disciplina a los espíritus exaltados, y dar lección de humildad, de servicio, de entrega absoluta de sí a la idea que le movía. Las bases del Partido Revolucionario fueron redactadas por su mano, y él encarnó, con abnegación admirable, el guiador práctico de su propio pensamiento. Tres años de preparativos, en que se le negó primero, se le vislumbró después, y sólo al fin se proclamó su pureza y desinterés, necesitó para unir los acuerdos, propagar la fe y alzar los fondos imprescindibles. Durante ese tiempo el escritor estuvo casi únicamente al servicio de su obra política, en contacto continuo con los hombres que habían de secundarlo. Muchos de ellos ignorarían que, detrás de aquella dulzura y persuasión, de aquella vida evangélica y amor de hombre, había un escritor que desde hacía muchos años estaba dando a América sus mejores pensamientos.

¿Y cambió acaso, con la república, nuestra idea de Martí? Si para la mayoría de los cubanos que le conocieron fué únicamente el gran organizador, el hombre capaz de atraer a su credo a los más renuentes, y de sembrar y hacer perdurar ejemplos de amor y de

desinterés, los que de él supimos sólo por su obra fundadora, no tuvimos sino el trasunto de un hombre exaltado, caballeresco, soñador, que había hecho posible una idea a la que consagrara su existencia. Precisó una etapa de íntimo acercamiento a su obra que había quedado dispersa, para que nos penetrara su trascendencia. Voces de afuera—voces altas—iban señalando con entusiasmo peculiaridades del cubano al que ya se le hacían concesiones de genialidad. Voces de nuestra lengua—Sarmiento, Unamuno, Rubén Darío, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Gabriela Mistral—ensalzaban al escritor, al poeta, al pensador, al hombre simplemente ejemplar. Aun en Francia, en un libro que tuvo su momento—la *Histoire des Litteratures Comparées*, de Frederick Loliée,—se insinuó “hasta qué punto sería posible comparar, por la originalidad y multiplicidad de su genio, al infortunado cubano José Martí con el inglés Carlyle”. El apóstol que había sido para los cubanos, por su obra libertadora, se convierte cada vez más en nuestro pensador lleno de previsiones políticas, de anticipaciones económicas, en nuestro gran exaltador de ciudadanía, en nuestra medida, en fin, de toda justicia y de toda obra armoniosa, profunda, iluminada de trascendencia y de poesía. Si Martí fué el guía de la libertad, conquistada sólo a medias por el enorme contratiempo de su muerte anticipada, lo ha seguido siendo después por su obra, que le da puesto único de guía de los mejores espíritus cubanos, para la conquista de la libertad absoluta.

¿Pero no construyó Martí un ideario de dignidad americana? Es por eso que América ha comprendido más ampliamente su pensamiento, y le da sitio entre sus guías, en tanto que nosotros, apegados inmediatamente a uno de sus propósitos,—el más cercano—vimos sólo su proyección sobre nuestro problema urgente. Y sin embargo, Martí no puso su pensamiento ya maduro en la independencia de Cuba, como en un fin único y en sí. Más que cubano, era el genuino hijo de la América hispana, libre por su propio designio y esfuerzo,—la América que veía marchando a la conquista de un progreso

Doctor JORGE MONTES DE OCA

OFICINA: 175 varas al Sur del Gran Hotel Costa Rica

TELEFONOS: Oficina, 2950 — Habitación 2740

Tratamiento eléctrico por ARSONVALIZACION DIRECTA de reconocida eficacia para Flujos e inflamaciones del vientre; ensáyelo. Cistitis, Prostatitis, Blenorragias e Hipertrofia de la Próstata; hágase ese tratamiento enseguida.

seguro y de un respeto creciente. ¿Y qué era Cuba en tanto? Cuba no estaba dentro de esa América; Cuba seguía siendo un dominio español, y la misma América no podía considerarse completamente libre, mientras parte de ella no lo fuera. El americanista se sobrepone al patriota, y así lo vemos unir en la práctica, como lo hace en la prédica, en un mismo designio inmediato de libertad, a Cuba y a Puerto Rico, dominada también. El Partido Revolucionario Cubano de New York se constituyó “para lograr, con los esfuerzos unidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de la isla de Puerto Rico”.

Con frecuencia aludió, dirigiéndose a las libres patrias americanas, al dolor de no tenerla, y al compromiso de conquistarla. Pero la patria para él no hubiera sido la acomodada instalación en la república. Precisamente su obra inmediata le había hecho desentenderse de muchos pensamientos graves que antes le habían acometido; pero si algo le reclamaba, era las grandes ideas y los largos vuelos del espíritu. En su obra deja vislumbrar a menudo ese anhelo de emplearse en cosas altas, que lo roía constantemente. “El genio alimentado fortalece. El genio sin empleo devora, el alimento del genio es una obra digna de él”. La organización revolucionaria para libertar a Cuba, si se considera aisladamente, no era una obra digna de Martí. La libertad de Cuba y Puerto Rico para asegurar la libertad de América, y su engrandecimiento por el respeto conquistado, sí es ya una visión de largo alcance. Esa visión es la que América ha sorprendido, y por ella Martí está ca-

da vez más cerca del pensamiento americano.

Se empequeñece su pensamiento cuando damos una significación limitada, significación de “isla”, a su concepto de patria. Circunscritos a ese círculo que para la generalidad significa patria, pensamos que circunscribió también su idea a tal concreción. Pero él tuvo otro más amplio concepto: “Patria es comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas”. No hay que llegar al utopismo de la patria universal, a algo tan remoto como esa concepción generosa. Pero la patria para Martí debía abarcar, cuando menos, toda la ancha tierra poblada por nuestros hombres americanos. Quien supo en su carne del real significado de una cadena, no dice en balde, refiriéndose a nuestros pueblos indiferentes, hostiles, desunidos, estas palabras: “Por primera vez me parece buena una cadena para atar, dentro de un cerco mismo, a todos los pueblos de mi América”.

El pensamiento americanista de Martí se destaca cada vez con mayor relieve en el conjunto de su obra, porque estuvo preñado de previsiones, de anticipaciones, que las circunstancias han hecho cada vez más vitales. Diluido a lo largo de numerosos escritos sobre hombres, libros y motivos de América, hay sin embargo un verdadero encadenamiento en su ideario americano. Apuntó, en múltiples formas, que el factor económico debía ser base y fundamento del engrandecimiento e independencia de América, dando normas sobre sus riquezas minera, industrial y agrícola, formulando su teoría de la “riqueza útil”. Elogió la “distribución de la propiedad

y el cambio de tierras estériles en tierras productivas, aunque lastime preocupaciones de partido y añosos intereses tradicionales”, por ser “causa inmediata de la riqueza del país, lográble fácilmente con la creación de muchos pequeños propietarios”. Al indio lo encontró estancado a la orilla del camino americano, y de pasada—como lo hizo casi todo en su vida presurosa y adolorida,—señaló el impulso que debía despertarlo, si América quería adelantar. Cada nueva escuela que se abría en América daba pábulo a su prédica de acomodar la enseñanza a nuestra naturaleza y necesidades. Muchos trabajos suyos tienen títulos como éstos: “Aprender en las haciendas”, “Educación científica”, “Escuela de Mecánica”, “Escuela de electricidad”, “Escuela de Artes y Oficios”, “Trabajo manual en las escuelas”, “Maestros ambulantes”—todos ellos, y muchos más, escritos entre 1882 y 1884.

No hay artículo suyo, por enfocado que esté sobre un acontecimiento preciso, que no lleve conceptos profundos, o advertencias sagaces. ¿Quién había sugerido antes la posibilidad de ese maestro ambulante, que recorriera los campos, llevando a los hombres conocimientos prácticos y sencillos, respuestas a sus curiosidades, interés por las ideas? Y apoya su sugestión: “La mayor parte de los hombres ha pasado dormida sobre la tierra. Comieron y bebieron; pero no supieron de sí. La cruzada se ha de emprender ahora para revelar a los hombres la propia naturaleza, y para darles, con el conocimiento de la ciencia llana y práctica, la independencia personal que fortalece la bondad y fomenta el decoro y el orgullo de ser criatura amable y cosa viviente en el magno universo”. Por este camino nos acercamos a su previsión de la amenaza latente de la América rubia, que anticipa maneras de conjurar, señalando caminos a su engrandecimiento propio, por vías de dignidad, de trabajo, de riqueza útil, de aprendizaje,—de igual modo en los hombres y en los pueblos. Que la América nuestra se enseñe pujante y unida, que se imponga por el respeto que inspira una vida digna, ordenada y laboriosa. Sólo imponiendo respeto se puede ser respetado.

OCTAVIO JIMENEZ A.

ABOGADO y NOTARIO

OFICINA: 50 varas al Oeste de la Tesorería de la Junta de Caridad.

Teléfono 4184

—:—

Apartado 338

Su ideario de engrandecimiento y de libertad americanos se inspira en normas de conducta para los pueblos y para los hombres. En ese ideario la dignidad es vértice en la cima de su pensamiento. Pero la base está sólidamente sustentada en las otras virtudes de trabajo, vida natural, generosidad, amor, espíritu de sacrificio. Creyó en la salvación de América, creyó que le estaba haciendo el hombre natural, el hombre que le daría su plenitud. América empieza a comprender su mensaje, y ya quiere ir de la mano de aquel hombre de servicio.

Hombre de servicio, tanto como de pensamiento, fué Martí. Hay una real tragedia en la intimidad de este hombre, dado a las cosas graves del espíritu, y obligado sin embargo a las singladuras alrededor de urgencias y motivos concretos de sus trabajos. Ya sabemos que Martí no acometió obra sistemática, aunque no le faltaran propósitos, como aquel **Conceito de la vida** que pensó escribir alguna vez. Pero si no tuvo el reposo que le hubiera permitido obras de trabazón y conjunto, no hizo tampoco obra que no llevara un destello de sus ideas,—y sus ideas todas, en todos los órdenes, se prestan a tal unidad de dirección, que hay en ellas un verdadero encadenamiento, una posibilidad de sistematización. Porque lo peculiar en Martí es que en ningún momento fué un escritor en que estuviera ausente el pensamiento, sobre todo el pensamiento por cuenta propia. Le brotaba con frecuencia en una frase, a manera de aforismo, y ese pensamiento es el que da matiz y lugar inconfundible a escritos en ocasiones de importancia menor. Aun sus correspondencias a los grandes diarios de Buenos Aires, Venezuela y México, sobre sucesos norteamericanos, no son sino propias reflexiones en que aquéllos sirven de pretexto. No son las "crónicas" acostumbradas, sino haces de reflexiones, encaminadas siempre a los mismos blancos: celebrar la virtud del hombre, o de los pueblos, exaltar la libertad, condenar la tiranía, poner la justicia en cielo más alto, revelar los peligros de la vida regalada y sin propósito, y siempre, y en todos los tonos, destacar toda buena acción. Martí fué esen-

cialmente el hermano sol: la pluma en su mano era luz, luz que iluminaba las buenas acciones, los buenos pensamientos, los buenos libros, las bellas obras. Escribió mucho sobre hombres, libros y arte, y sin embargo, no cabe considerar como crítico a quien decía: "Cuando tengo que decir bien, hablo. Cuando mal, callo. Este es el modo mío de censurar", o cuando llevando la misma idea a los hombres, formulaba idénticos conceptos. Su obra de comentarista es, así, obra de afirmación, obra de creador. Lo que le mueve es precisamente su deseo de exaltar las grandes cualidades del carácter, antes que las mismas excelencias de las obras. Su crítica es constructiva: los elementos fundamentales empleados por el autor que comenta, se juntan y funden con los suyos propios. De ahí que con tanta frecuencia le sean aplicables, con transparente exactitud, los mismos conceptos que aplicaba a los demás. Ejemplos numerosos hallamos en multitud de sus trabajos; ejemplos relevantes los tenemos a la mano en ese ensayo sobre Cecilio Acosta, donde la sombra de Martí se interpone en los tajos de luz que arroja sobre la personalidad de aquel venezolano ejemplar, que "andaba buscando quien valiese, para decir por todas partes bien de él", o en muchas de aquellas correspondencias en que, al recoger alguna actualidad literaria de la vida norteamericana—la muerte de Longfellow, o de Emerson, la visita de Oscar Wilde a New York, la vez patriarcal de Walt Whitman,—hizo los más acabados juicios sobre esos hombres de pensamiento y de poesía, juicios que a la vez le permitieron formular muchos de sus

conceptos sobre la vida, la poesía, la filosofía.

Caracteres norteamericanos quiso que se llamara uno de sus libros. Tenía ciertamente una propensión desenfrenada a exaltar las mejores florecencias del carácter del hombre, y los mismos escritos que nos dejó—no ya los trabajos más cuidadosamente, como el que consagró a estudiar la figura del General Grant,—sino hasta los de breves pinceladas que a diario salían de su pluma para pregonar la existencia de otra alma grande, llevan algún rasgo que permite apreciar cómo cavaba dentro de sí, cuando trabajaba con el material humano.

Gran tormento—uno más—debió ser para Martí tener que sofrenar su pensamiento, compelido a ceñirse a temas concretos impuestos por su vida premiosa, librada con la pluma fácil en la obra de circunstancias que apenas le dejaba tiempo al margen de maduración imprescindible. No hubiera sido Martí un hombre tan hecho dentro de sí, y tan relampagueante en el atisbo, y su obra carecería de la penetración y lucidez que le son características. Pero esto mismo nos permite conjeturar qué alturas hubiera podido lograr quien a sí mismo se sorprende a veces de haberse dejado llevar por ideas graves, y de pronto abandona el vuelo del pensamiento, no sin desconuelo. "Y de la pequeñez se iba a lo alto este soñador espíritu del hombre. Como que no cabe en lo que lo envuelve, y se va de sí; así de una palabra renace una memoria; y de ellas esta necesidad de lo anchuroso, va donde altas criaturas y espacios anchos lo convidan a lo absoluto y a lo abstracto".

Alguien podría preguntar qué suerte de pensador es es-

te, que sus ideas hay que extraerlas de sus escritos en que expone la vida y las ideas de los demás. Parecería como si no se hubiera sentido con bastante autoridad para pensar y exponer por cuenta propia sus ideas, y le brotaran a pesar suyo cuando intentaba destacar las ajenas. Pero conocemos bien lo que fué su vida:—un servicio perenne, un deber siempre cumplido por la misma satisfacción de cumplirlo y anegar el alma en una real felicidad humana, un anhelo de purificación, no por vía de ascetismo, sino de dádiva de sí, una exaltación continua de cada virtud, de cada heroísmo, de cada sacrificio.

Y a un hombre así—hombre que había nacido y vivido para el hombre,—hay que disculparle que no se hubiera dado más a la forja de su yo, y de las ideas que atesoraba. Cuando ha habido tantos pensadores sin pensamiento, cómo es grato este ejemplo de humildad de un verdadero hombre de pensamiento que regó sus ideas para exaltar las ajenas, o para ayudar a los hombres y a los pueblos a buscar el camino de la prosperidad y de la libertad.

"Dos madres tienen los hombres: la Naturaleza y las circunstancias", escribió. La idea tiene en Martí la aplicación más cabal. Las circunstancias—sus circunstancias—fueron las que determinaron el rumbo de su vida, y que ésta tuviera la culminación y el tránsito que le habían marcado. De la Naturaleza le vino el ser conforme a ella, el ser el hombre natural que era. Perteneció a los mejores, a aquella clase de hombres ungidos por la Naturaleza "con el sacro deseo de lo futuro", de que hablaba en su ensayo sobre Whitman.

Félix Lizaso



J. PIEDRA C. SASTRERIA AMERICANA PARA GENTE DE BIEN

75 varas al Oeste del Parque Morazán (Avenida de las Damas)

El hombre artista.—En el camino hacia José Martí se alzarán siempre un gran obstáculo: su unidad. Desde todos los ángulos se le ve el corazón a este hombre. La claridad que nos descubre su presencia es la misma que nos entregará su intimidad. No hay acto suyo sin la marca amorosa. Por esto, el artista no es en él hombre distinto del político, del meditador, del apóstol. El arte no puede ser para Martí sino ejercicio de humanidad. Su prosa y su verso son los cauces de una energía bienhechora. Su pensamiento es siempre un intento de exaltar "lo mejor del hombre". Su obra de artista se integra de vaciar en una forma leal un aliento transido de irreductible, de fatal sinceridad.

No ambicionó Martí el oficio de escritor. Si por mí fuera, dijo una vez, no haría más carrera que la de hombre. Y Martí—nadie lo duda ya—es el primer escritor hispánico del Continente. Prueba plenísima de que el estilo es también cosa de adentro y de que la grandeza permanente viene en el artista de desnudar su fuerza. El gran poder recóndito que anda en Martí trae a flote, al mostrarse, el color de su brío. Las cosas quedan teñidas de ese color, sumisas a la virtud moldeadora, transformadas en su sentido. Otros escritores como don Juan Montalvo tienen garra poderosa en América, pero entre la garra y las cosas se levanta, aisladora, la palabra con su genealogía venerable y su perfidia eufónica. Martí, caso de excepción, se sabe hondamente su palabra española, pero nunca la deja de la brida. O le traduce con fidelidad plena su latido íntimo de hombre o queda ahogada en la matriz.

Pero, ni los hombres del tamaño de este libertador sin ira viven sólo de sus jugos nutricios. Precisan del contacto con la circunstancia para traducirse en ella. El escritor de oficio se hace los contactos con lo externo, se amarra a los rumbos del estilo para no desorientarse en sí mismo, para no quedar solo, temblando frente a su impotencia. Lo de afuera le tiñe el modo—y la moda—de la obra. En los hombres escritores como José Martí la paternidad del libro no es distinta de la del hijo: la fuerza creadora se viste para encarnar, para ser en la conciencia de todos. El hijo trae en los ojos la claridad que justifica su cuerpo. La palabra, la luz del engendro. No importa si algunos quedan deslumbrados del brillo inusitado de la palabra martiana. Los más descubrirán bajo ella la carne caliente, el músculo elástico, contraído, cargado de posibilidades soberanas.

Lo romántico.—En la pugna inacabable entre el don artístico que pide caminos y la apetencia de volcarse en los hombres decide Martí, fiel a su destino romántico, por el servicio de los hombres. Este romanticismo esencial de su conducta, de su vida, da el rumbo definitivo de su obra literaria. Pero no dice esto que se encuentren en Martí las notas que encuadran—aprisionándolos—

José Martí, artista

= Esta es la 2da. parte del prólogo a la edición de Martí (en francés) que prepara, en París, el Instituto de Cooperación Intelectual de la Liga de Naciones; edición a cargo del poeta cubano Mariano Brull. =



José Martí
(1892)

a los escritores de la escuela de Víctor Hugo y de Vigny. Martí no puede jurar fidelidad a una bandera literaria, entregado, desde que tiene conciencia de sí, a una fidelidad más alta. Pero la fisonomía ingénita de su mensaje, como lo postura incambiable de su espíritu, muestra las líneas matrices de lo romántico, esas líneas que traspasan—y redimen—la limitación que es siempre un proselitismo escolar. No están en Martí ni la pasión sin caminos, ni el lamento desolado, ni la desesperanzada angustia, ni la irrefragable extranjería, ni la personalidad desorbitada. Pero están presentes en su verso y en su prosa la profunda afirmación vital, la fe en el mejoramiento del hombre, el culto a la naturaleza y a su poder redentor, la exaltación caballeresca de lo femenino y el amor fervoroso de la libertad. A tal punto son entrañables estas direcciones románticas de su obra y de su acción que el momento que América vive cuando él llega más parece proyección de su mente que realidad que lo pervade y modifica. En lo fundamental Martí coincide con su tiempo americano. Como su tiempo, fía en cegar las llagas abisales del mundo por la liberación progresiva del espíritu. Predica un evangelio en que el dolor es la vía purgativa y la ruta de salvación. Quiere inquietar en cada hombre una gran sed de claridad moral. Y organi-

za y desencadena un movimiento político alimentado por las esperanzas demoliberales que encendió Juan Jacobo. El instante que sufre su tierra, desangrada por el hierro español, agrava en él la postura romántica: al ideario impulsor se suma el gesto consonante. Es el profeta de un mañana en que los hombres conjugarán su decoro y su interés sin menguas excluyentes. Es el héroe a caballo que acerca ese mañana. Escribe como profeta y como héroe sin saberlo nunca. Su pluma batalla del alba a la noche, como espada de adalid romántico, por cortar alguna cadena opresora. La esclavitud de los hombres es la gran pena del mundo—exclama. Y a romper esa pena, en combate abierto, marcha su palabra. Fué, como ha dicho Ventura García Calderón, el último santo de la libertad.

Hombre de calientes entusiasmos y de curiosidad insaciable, se entra por su pie en todas las interrogaciones centrales de su día y enseña sin cendales las tempestades violentas y armoniosas de su pecho. Todo queda expresado con igual temblor ascendente y con el mismo deseo de ser sincero y útil. No lo guían los libros ni los hechos sino su sed de usarlos como experiencia a superar. No se busque en Martí el pensador de trayectoria estricta, amarrado a un sistema prestado u original ni al poeta preocupado de realizar insuperablemente un credo estético. El apasionamiento cándido—los apasionados son los primogénitos del mundo, decía—lo vuelve carne del criterio que sustenta y soldado y mártir de la justicia—que defiende. Imanado por una meta lejana, se detiene brevemente, contradictorio, en cada peripécia de humanidad y de belleza. Parece a ocasiones que pierde el camino penetrado por el reclamo de los bordes fragantes. Es, visto en el detalle intrascendente, contradictorio en su unidad, como la naturaleza. Y como la naturaleza, no deja morir el ansia de realización vital en que confluyen sus contradicciones.

Lo clásico.—Hijo de su momento, pero con la impaciencia punzadora de superarlo y el don genial de vislumbrar el tiempo futuro, desconcierta que la obra de José Martí esté tan cargada de las esencias clásicas de España. Las huellas de los más grandes artistas del Siglo de Oro español están patentes en su poema y en su ensayo. Santa Teresa, Góngora y Gracián enseñan en cada línea su llama retorcida. Y Quevedo, "que ahondó tanto en lo que venía que los que hoy vivimos con su lengua hablamos". ¿Cómo revolucionario tan cabal, hombre tan en futuro, se alimenta de formas superadas?

Fué Martí estudioso infatigable y frecuentador febril de todas las culturas. A los viejos maestros de Castilla ofrendó largas horas de íntimo trato. No más, de seguro, que las que vertió en clásicos franceses, ingleses y alemanes. Pero, hijo de dos españoles, Martí es un espíritu raigalmente hispánico. En

Shakespeare, en Dante, en Montaigne. devociones nunca negadas, se abre su emoción de artista. En los españoles místicos y batalladores se estrema su raíz batalladora y mística. La identidad subterránea, hecha de fieros encontronazos, de peleas en que se cambia sangre de las mutuas heridas, cuaja en el modo de expresión. Tiene Martí el amor militante como Santa Teresa y sufre el impulso graciesco de sacarse lo profundo en palabras breves. Cuando va a decir su deseo de morir incendiado en su fe le sale el sabor teresiano. Cuando quiere mostrar apresuradamente, en las urgencias de la lucha, los cuatro costados relucientes de su verdad política, las razones se estorban de llenura como en Baltasar Gracián. Cuando intenta la sentencia grave y aguda a un tiempo se le ve el trasunto quevediano. Martí aprendió en *Las Moradas*, en *El Héroe* y en la *Política* la pasión española que llevaba dentro y aprendió también, para siempre, el modo español de darle cuerpo y camino—gravidez y ala. Si como Rubén Darío se hubiera detenido Martí en hacerse un instrumento, una marca artística exclusiva y distinta, hubiera lucido menos su obra las gracias arcaicas de lo español. Ya sabemos que no pudo demorar su tiempo presuroso en tareas adjetivas. Obsedido en su amor por el hombre,—se le empequeñece cuando se le vé sólo en su redención cubana,—visió su anhelo el ropaje que encontró más familiar y cercano.

Lo nuevo.—Pero, quede bien delimitado el españolismo cordial e idiomático de Martí. Es española su alma enfebrecida, es español el olor a sangre, a hueso y a carne de su misticismo, no la proyección desembarazada de su apatencia ni el acogimiento entusiasmado de la inquietud nueva. La palabra recoge el brío racial, no las duras limitaciones de ese brío. Cuando lo español es, como en Bartolomé de las Casas, combate arcangélico contra todo y contra todos, queda Martí inmerso plenamente en lo español. Cuando España es el mando injusto, la tradición anquilosadora y la represión inhumana, Martí batalla contra España con el ardor que de ella le viene.

Martí, apenas hay que decirlo, no sería gran artista ni escritor grande si no diera su pensamiento un sello propio, inconfundible—martiano—y si no animara de sentidos inéditos su palabra española. Así como su idealismo democrático está enriquecido de preocupación económica y su fe estoica va añadida de trascendentalismo y su exaltación cálida del héroe ("... pero hay hombres que no se cansan cuando su pueblo se cansa..."), no le estorba la adivinación del destino director de la masa productora, así como Martí trasciende su propia postura,—al punto de hacer provisional y vacilante toda filiación filosófica de su pensamiento,—así, sin perder el eco hispánico que estaba en él, construyó al paso un idioma de entonación personalísima que anuncia en sus mejores

aciertos la forma literaria americana que se integra a su muerte y hasta las audacias que quieren triunfar ahora.

Martí es tenido generalmente, con el cubano Julián del Casal, el mexicano Gutiérrez Nájera y el colombiano José Asunción Silva, como precursor del Modernismo, la corriente literaria hispanoamericana que culminó y alumbró en Rubén Darío. Esta atribución, no sustanciada cumplidamente, ha de entenderse con mucha reserva y en un sentido muy parcial. Casal, Gutiérrez y Silva son atormentados, **incomprendidos**, casos eminentes de *maladie du siècle*. La vida es carga insoportable para sus hombros afiladamente aristocráticos. Los tres hacen del oficio poético una religión exclusiva, captadora y maldita. El ruido doloroso del mundo discurre lejos de sus torres solitarias. La mujer no es para ellos fuente de vida sino vaso de aguas traidoras. La muerte es final de la ignominia de vivir. Martí ahoga sus penas hondas en el desasosiego gozoso de su empeño apostólico; el poeta es para él un sacerdote de verdades activas; la mujer, culto blanco y emocionado; la muerte—digámoslo con su palabra,—júbilo, reanudación y tarea nueva. El tránsito terreno es para Casal, Silva y Gutiérrez Nájera castigo sin tamaño. Para José Martí, camino de perfección, sacrificio duro y amable y oportunidad de grandeza.

Aun con esta oposición fundamental se advierte el parentesco entre la obra literaria de Martí y lo mejor del Modernismo. Regino Boti ha consumido desvelos en señalar la similitud indudable entre poemas de Martí y de Darío. Pero no es nunca, anótese, una semejanza de proselitismo consabido sino una coincidencia de fuerzas empujadas por los mismos impulsos y enardecidas por obstáculos idénticos. Una cultura de ra-

dio universal y en buena parte francesa ofrece a Darío y a Martí posibilidad de amplio movimiento y de orquestación nueva de sus sonos hispánicos. La riqueza de temas, mirajes e inquietudes que esa cultura franquea asombra si se recuerda a los predecesores y contemporáneos. Una elegancia cosmopolita ennoblece los viejos giros, un vuelo desconocido los acentos tradicionales. En Darío la nueva potencia se echa en brazos de una sensualidad de costados armoniosos; en Martí se lanza en los senos de una ternura de padre anheloso y de amante arrodillado. El comentario periodístico a que los empujó la pobreza, cobra en ellos una vitalidad y un alcance inusitados: el gran periodismo de hoy, ese de muchas pupilas y ancha base informativa, está ya en ellos. La crítica literaria gana en ambos imperios vírgenes. La interpretación de la obra juzgada luce en Darío una agudeza no advertida hasta él que desconcierta si se mira la distancia de formación y de ambiente que lo aleja de sus insignes criticados. En Martí, una comprensión profunda, carnal, unísona, que desconoce el Madrid de entonces. Goya, Walt Withman y Wilde dejan en las manos del libertador cubano la entraña magistral que ahora le están descubriendo los perspicaces.

La renovación de médula y técnica del Modernismo está en Martí en lo que no es nuevo preciosismo, narcisismo sensual, gracia decadente y francesismo literal. Y la negación de lo romántico huero, el ansia universalista, la gracia de París, el recuerdo de Grecia y la captación libre y directa del ritmo cercano—buenas notas modernistas,—están realizados en Martí por el modo personal insuperado. Ya Gabriela Mistral con su ojo caliente y adivinador, advirtió que en la prosa de Martí el tono es lo do-

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

minante, lo inconfundible, lo impar. Cier- to. El estilo—en lo que tiene de tradi- ción y de futuro—queda aprisionado en los registros de la voz magna. El tono de Martí es, en efecto, su verdadera y fuerte originalidad de artista. Está di- cho con esto que si Martí alcanza alto ni- vel cuando se mueve entre ideas y hasta cuando se deja embriagar—en pocas ocasiones—por una gala retórica o por un virtuosismo gentil, nunca su altura es tanta como cuando se hunde en la sangrante intimidad del hombre. De ahí que puedan mostrarse como lo mejor de su mano sus cartas, sus discursos y sus ensayos biográficos. En sus cartas la virtud artística y la maestría de su cul- tura tienen una presencia invisible, asis- tidora, mientras su alma heroica y tier- na se vuelca, con gesto inigualado, en el interlocutor lejano. En la oratoria de Martí no hay reclamo artificioso sino dación plena a una tarea que llama al labio el sonido de sus riquezas acumu- ladas y realengas. Cuando anota los mo- mentos cruciales de un héroe ido, dice, con la fuerza de lo connatural, su pro- pia vida ejemplar. “Se pintó sin querer, que es como las pinturas de sí propio salen buenas”. Con párrafos tomados de sus mejores biografías podría construir- se la biografía mejor de Martí, esa bio- grafía de las peripecias de su espíritu, sin fechas ni presunciones, que está es- perando un realizador.

El tono de la prosa martiense—que es en esencia ansia de comunicación efi- caz—llega a su mayor ímpetu y a su más clara definición en su discurso po- lítico. Parece cosa desatentada esta afir- mación. ¿Cómo escritor de tantos re- cursos naturales y adquiridos, gustador tan hecho a los vinos exclusivos, apura sus potencias frente a una multitud fer- viente pero indocta? Es que tiene Martí en la tribuna, al alcance de su voz, la tier- ra ávida en que quiere sembrar su ver- dad. Esta presencia enardecidora, esta obra convirtiéndose en hecho, le hinchan la vena creadora. No puede, porque no está en su mano, rebajar la calidad egregia en el decir ni nutrir menos el concepto grave. Sabe que el auditorio no cala hasta lo hondo su palabra difi- cil, pero intuye también que el tono sal- va el discurso y decide la comunicación cordial. Las excelencias de su prosa quedan como cuajadas de intento en su período tribunicio. El dinamismo que le sube de la entraña encendida da una marcha sobresaltada y ágil que roba pe- santez al párrafo circunstanciado y lar- go. La imagen impensada y vívida no es un modo deliberado de iluminar el concepto sino encaje natural de una so- berana capacidad expresiva. La sintaxis muestra una arbitrariedad hecha, no de audacia rencorosa ni de ánimo de asus- tar al gramático cauteloso sino del ím- petu alegre de la lengua que conoce sus senderos y los bordes sin perderlos de vista. El verbo es atrevido y mañero, augusto y candoroso, familiar y austero. El adjetivo, de justeza asombradora, re- vitaliza y da ala nueva al nombre transi- tado. Las sentencias se encadenan apre-

suradas, con apariencia desorientada, pero todas empujan por su lado el final grandioso. La prosa martiana es un ra- ro espectáculo, un imprevisto caso de energía espiritual y una obra artística de temperatura, brillo y poder sorpren- dentes.

El poeta.—Las direcciones espiritua- les señaladas en Martí consignan ya su calidad lírica. Lírica es, en el sentido más alto, su prosa mejor. Y de lirismo más acendrado que su copiosa produc- ción poética. Lo que no rebaja el valor grande de su poema. No falta en el ver- so de Martí su fuerte aliento, su maes- tría verbal, su sensibilidad fina y honda. En momentos afortunados el poema re- siste con victoria el contraste con lo mejor logrado en matriz americana, pe- ro su desbordada ansiedad, su caudalosa facundia, su curiosidad de todas las ru- tas y su rebeldía del molde artificioso, hacen de su período unidad más cuaja- da y valor más permanente que su verso.

Como la prosa, el verso es para Mar- tí vehículo de su amor civil. Los versos, dijo, no se han de hacer para decir que se está contento o se está triste, sino para ser útiles al mundo. Y su pasión de patria y humanidad, su condenación

de los déspotas y los cobardes, encien- den la estrofa. El amor de mujer, ro- mántico y limpio, le dicta rimas galan- tes, dechados a veces de sutil discre- teo. El amor de padre le llena un libro iluminado y trémulo que no encuentra par en nuestra lengua. La herida de la ingratitud, de la envidia, de la descon- fianza,—obligadas compañeras de su vía redentora,—sangra en unos poemas re- concentrados y difíciles cruzados de desfiladeros palpitantes y coronados de alturas ascéticas. Tanto como en su prosa y a veces en el detalle revelador y en la angustia íntima se le dibuja en los versos la trayectoria vital. Hombre sin recodos inconfesables, deja en el poema la réplica de un lamento viril que es como el rescoldo de sus llamas de acción y un lloro que debe correr vías recónditas para que no se le humedezca la voz de mando.

En la obra lírica de Martí se anotan con más nitidez que en sus ensayos y discursos la obediencia española, la hue- lla de su época y la anticipación genial. En los **Versos Libres** el énfasis del en- decasílabo, la gravedad de los asuntos y la sentenciosa austeridad lo retienen cer- ca de la Oda tradicional. Herrera y Quin-

Cuaderno de Apuntes

En el N.º 26 de la *Colección Ariel*, San José de Costa Rica, noviembre de 1908, el señor *g. m.* tradujo la página de John Ruskin que luego se verá. La tomó de un libro de preciosas lecturas: *Heart Throbs* (1905). Sugestivo el título! Dos tomos se han publicado ya de estas recomen- dables selecciones en prosa y verso. Por Grosset & Dunlap. New York. Ruskin dice de musgos y lique- nes:

Hemos encontrado belleza en el árbol que produce un fruto y en la hierba que produce un grano. ¿Qué decir de la yerba sin grano, de ese líquen de roca, sin fruto, sin flor? ¿Qué decir del líquen y de los musgos? Aunque ellos sean en su exhuberancia frondosos y ricos como la yerba, permanecen, sin embargo, para la mayoría de las gentes, como las más humildes cosas verdes que viven. Humildes criaturas! primeros dones misericor- diosos de la tierra, son como un velo de silenciosa blandura puesto sobre la desnudez de las rocas monótonas! Criaturas poseídas de piedad, tienden sobre la desgracia de las ruinas un extraño y tierno ennoblecimiento, posan sus dedos tranquilos sobre las viejas piedras vacilantes para enseñarles el reposo! No conozco palabras que puedan decir lo que son estos musgos. No las conozco bastante delicadas, bastante perfectas, bastante ricas. Cómo hablar de las redondeces esmeraldas, frondosas, resplande- cientes; de las estrellas con flores- cencias de rubles, con un bordado tan fino que se diría que los Espí-

ritus de las Rocas pueden hilar el pórvido como nosotros lo hacemos con el vidrio; de las redecillas de plata, entremezcladas, y de los en- cajes de ámbar, lustrosos, arbores- centes, que se muestran pardos a través de cada fibra en un bordado de seda tornasol, espléndida y ca- prichosa; y sin embargo, se mantie- nen tranquilos y recogidos y for- mados únicamente para las más dulces y más sencillas obras de misericordia. Ellos no serán reco- gidos, como las flores, para guir- naldas o prendas de amor, sino que el pájaro silvestre con ellos hará su nido y el niño fatigado, su almohadilla.

Y así como ellos fueron el pri- mer don misericordioso de la tierra, también serán el último. Cuando todos los otros servicios de las plantas y de los árboles nos lleguen a ser inútiles, los mus- gos delicados y el líquen gris co- menzarán entonces su fúnebre vi- gilia en torno de la piedra sepul- cral. Los árboles, las flores, las yerbas que ofrecen sus tributos, cumplen su misión por un tiempo, pero ellos la realizan eternamente. Árboles para el depósito del cons- tructor, flores para la alcoba de la desposada, trigo para los graneros y musgos para la tumba.

Acaban de salir y podría reco- mendarse su adquisición a los maestros de las escuelas:

El libro de los animales llamados salvajes. Por André Demaison. Editado por Espasa-Calpe, S. A. Precio: Ptas. 5.

La Vida de *Sarmiento*, por Aníbal Ponce. Y editado también por Espasa-Calpe. Precio Ptas. 5.

tana están presentes. Presentes y asombrados de la abundancia y la erguidez que no conocieron y un poco adormecidos de la embriaguez declamatoria que no esperaban. En **Ismaelillo** la emoción tiene un caricioso dejo criollo y el poema una adorable virginidad recién nacida. El hijo detiene junto a la cuna, en un día de luz, al padre trajinado e impaciente y le arranca un canto niño ve-teado de fuerte hombría enterne-cida. Es en los **Versos Sencillos** donde la virtud lírica adquiere el más firme vuelo, donde la manera personal rasga las corrientes formadoras, donde Martí gana sus títulos de precursor del verso nuevo. La forma directa, limpia, traspasa aquí, por su desnuda originalidad, los

peligros de la trivialidad y el prosaísmo. El verso no tiene más relieve que su propia esencia animadora: por ello, el modo impensado, arbitrario, parece natural y claro. El acento popular regala su movilidad y su gracia a la redondilla rápida. En el arranque de un poema queda un paisaje, en su final inesperado un miraje interno. El enfoque preciso, concretísimo, no mata el matiz delicado ni la insinuación de lo lejano. Los versos de una misma estrofa sedan la espalda en ademán españolísimo, como en Lope, y se adelantan robándose el terreno en una inquietud cinegráfica que anuncia en mucho el desdibujo de hoy. Las transiciones bruscas y cortantes en el tuétano mismo del asunto abren res-

quicios por donde se toca en su fina complejidad el alma del poeta. Jamás el octosílabo ha entregado a su amor riqueza más cierta que en estos **Versos Sencillos**. En ellos prende y cristaliza un aliento lírico digno del hombre que lo poseyó.

La voz americana.—Europa va a oír ahora, por obra de este libro, una voz hondamente americana que no reniega de su raíz: "Se viene de padres de Valencia y madres de Canarias, y se siente correr por las venas la sangre enardecida de Tamanaco y Paracamoni..." Martí es amor de América y dolor de América. Tiene la luz cegadora de su trópico criollo, pero también la grandeza de la montaña, de la selva y del río del Sur. Cuba es su deber político, pero su desvelo de padre salta de Río Bravo a la Patagonia. Ama a los indios "como a lirios rotos". A los negros, "por su bondad nativa". Quiere empujar con la entraña el instante de ebullición primeriza que viven sus tierras. Una virtud en el argentino, en el boliviano, en el caraqueño, le llena de fiesta. Muestra a Europa, con profunda ingenuidad, el triunfo del criollo. Pero quiere a su América triunfo del hombre. Del hombre de Europa, de Asia, de Africa. Si la gran unidad futura—preocupación central en Martí como en todos los batalladores sin ambición,—ha de venir por un superior entendimiento de los amadores del hombre, y en ese concierto han de estar las voces que no callan más, la voz del Libertador de Cuba ha de dar su fuerza—su tono—al gran día que quiso. Para lograrlo en lo venidero vistió su voz de arte soberano. Por el artista será mañana, triunfará mañana, el hombre José Martí.

Juan Marinello

Carta casi lírica a Lolita Arriaga,

maestra rural de Zacapoaxtla, en la sierra de Puebla, Méjico

= De La Nación. Buenos Aires =

Vejez divina de Lolita Arriaga, parecida a una Luisa Michel sin barricada ni teoría, como el pan y el aceite que alimentan criatura y no saben su nombre y siendo hermosos, no se han visto nunca.

Maestra en tiempo terrible de Vikines, con escuela ambulante entre vivacs y rayos, cargando la pollada de niños en la falda y sorteando las líneas del fuego con las liebres.

Panadera en aldea sin pan, que tomó Villa, para que no llorasen los chiquitos, y en otra aldea del azoro, partera a medianoche, lavando al desnudito entre los silabarios.

O escapando en la noche del saqueo y el pueblo ardiendo, vuelta salamandra, con el recién nacido colgado de los dientes y en el pecho, terciadas, las mujeres.

Providencia y perdón de tus violentos cuyas curvas azota Huitzilopotztlí, el negro, "porque todos son buenos", alanceados del Diablo, que anda a zancadas a medianoche, haciendo locos.

Comadre de las cuatro preñadas estaciones, que sabes mes de mangos, de mamey y maíces, mañas de raros árboles, trucos de injertos vírgenes: floral y frutal, con Ceres nuestra madre.

Contadora de «casos» de iguanas y tortugas, de bosques duros alanceados de faisanes,

de ponientes partidos por cuernos de venados y del árbol que suda el sudor de la muerte.

Vestida de tus fábulas como el jaguar de rosas, cortándolas de ti por darlas a los otros y tejiéndome a mí el ovillo del sueño en aquella cretona feliz e innumerable...

Bondad abrahámica de Lola Arriaga, maestra del Dios del cielo enseñado al Anahuac, sustento de milagro que me dura en los huesos y que afirma mis piernas en las «siete caídas».

Encuentro tuyo en la tierra de Méjico, conversación sentadas en el patio con hierba, casa desahogada como tu corazón, y escuela tuya y mía, que es nuestro largo abrazo.

Madre mía sin sueño, velándome dormida del odio suelto que llegaba hasta la puerta, como el tigrillo, que se hallaba con tus ojos, y que se iba con pasito derrengado...

Los cuentos que en la tierra a darme no alcanzaste, me los llevas a un ángulo del cielo. En un rincón sin volteadura de alas, dos viejas blancas como la sal, trocando fábulas, con los ojos tan tiernos como las tiernas aguas.

Gabriela Mistral

París, marzo de 1933.

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

DEPARTAMENTO DE VIDA

Tenemos el gusto de anunciar un nuevo beneficio con nuestras pólizas de seguro de vida

INDEMNIZACION DOBLE en caso de la muerte accidental del asegurado

Es decir, EL BANCO PAGARA EL DOBLE DE LA SUMA ASEGURADA, si la muerte sobreviene a causa de un accidente. Este beneficio se concede mediante el pago, por año, de una extra prima de uno o dos colones por cada mil de seguro.

INDICE



13 LIBROS QUE LE INTERESAN:

Romain Rolland: <i>Vida de Ramakrishna</i> . (Ensayo sobre la Mística y la Acción de la India viviente).....	3.50
Preobrayensky: <i>Anarquismo y Comunismo</i>	2.50
León Rollin: <i>El imperio de una sombra</i> . (Monroe y la América Latina).....	3.75
Blaise Cendrars: <i>Antología negra</i>	5.50
Luis Araquistain: <i>La Revolución Mexicana, sus orígenes, sus hombres, su obra</i>	5.00
Henry Rollin: <i>La Revolución Rusa II</i> . Del Marxismo al nacionalismo.....	5.50
Henry Rollin: <i>La Revolución Rusa I</i> . Su Génesis Histórica.....	4.50
Edgar Wallace: <i>El ladrón nocturno</i>	1.75
Wilhelm Schapp: <i>La Nueva Ciencia del Derecho</i>	6.50
Teresa de la Parra: <i>Las Memorias de Mamá Blanca</i>	4.50
I. P. Pavlov: <i>Los reflejos condicionados</i> . Lecciones sobre la función de los grandes hemisferios. (Prólogo del Profesor G. Marañón)	15.00
Pierre Mac Orlan: <i>A bordo de la "Estrella Matutina"</i> . Novela de aventuras.....	3.50
N. Ognev: <i>El Diario de Costia Riabtsev</i>	3.50

Solicítese al Admor. del Rep. Am

El americanismo de Martí

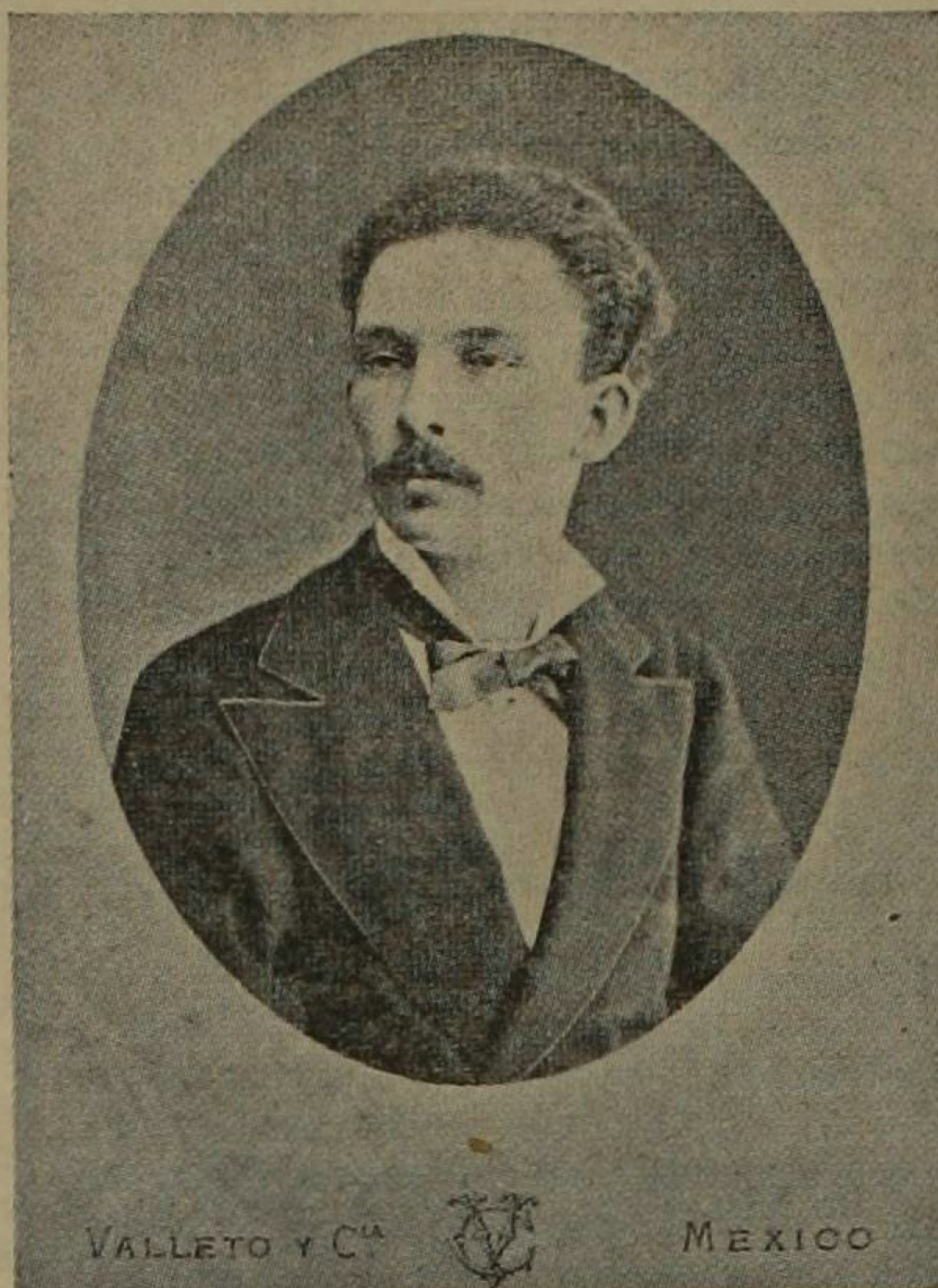
Su actitud frente a Porfirio Díaz

Envío del autor. México, D. F. =

Siempre habrá que volver a la primera estancia de Martí en México, durante aquel período agitado por memorables luchas de Reforma y los forcejeos del general Porfirio Díaz hasta arrebatarse el poder al Presidente Lerdo de Tejada, para encontrar el origen de sus ideas americanistas. No cabe dudar — con Mañach — que las tragedias de los deberes de México le iniciaron en el sentimiento de la fraternidad continental. De entonces data la revelación de este americanista “hasta el momento por ninguno superado en alcance y valentía”, — al decir de Isidro Méndez. Léanse sus Boletines comenzados a divulgar íntegros en *La clara voz de México*, y se advertirá cómo al contacto de nuestro país — al que llama muchas veces suyo — y de sus luchas sociales, religiosas y políticas, van gestándose sus ideas de amplia ciudadanía continental. Y es que Martí para emplear sus propias palabras — es de esos hombres “escasos, como los montes, que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nación o de humanidad”.

La americanidad de Martí no está reñida con el amor entrañable al pedazo de tierra que le vio nacer, amor que hizo vibrar durante toda su vida las cuerdas más delicadas de su alma, y constituyó el ideal más fuerte que le iluminó hasta Dos Ríos. Ciertamente que se le oye exclamar que “patria es humanidad”, y él es “hijo de nuestra América”. Por primera vez le parece buena una cadena “para unir dentro de un cerco mismo a todos los pueblos de mi América”. Pero las amarguras de su tierra se le entran por el alma y se la tienen loca, y otra vez dice: “cuanto amenaza a la patria me pone a temblar, y sólo gozo con lo que le honra y asegura”. Se refiere a Heredia, y lamenta que no sienta bajo sus pies “aquella firmeza del suelo nativo, que es la única propiedad plena del hombre”. De Cuba dice: “¡Patria, alma mía! Roa la infamia el instante en que todo mi triste corazón no esté adorando en ti!” Pero en su carta al dominicano Federico Henríquez y Carvajal le escribe que obedece “como superior dispensación y como ley americana la necesidad feliz de partir al amparo de Santo Domingo para la guerra de libertad de Cuba”. El mismo esboza una explicación: “cada uno se ha de poner, en la obra del mundo, a lo que tiene de más cerca, no porque lo suyo sea por ser suyo, superior a lo ajeno y más fino o virtuoso, sino porque el influjo del hombre se ejerce mejor y más naturalmente en aquello que conoce, y de donde le viene inmediata pena o gusto”.

Ya es sabido que al derrocamiento del Presidente Lerdo de Tejada, Martí abandona México. ¿Es sólo una liga personal la que le impone tal conducta? ¿O



José Martí
(1876)

Esta es copia del retrato que exorna el libro *La clara voz de México*, por José Martí. México, 1933. Vol. I (de 10 constará la serie) de «Martí en México». Compilación y notas de Camilo Carrancá y Trujillo, uno de los veladores de la gloria de Martí en México.

Este libro, con las *Páginas de un Diario* — editadas por Manuel Sanguily y Arizti — y *Martí, el Apóstol*, de Jorge Mañach, son los tres libros martianos del año en curso, a la fecha.

Huellas de Martí en México

= Envío del autor. México, D. F. =

A Emilio Roig de Leuchsenring, Juan Marinello, José Antonio Fernández de Castro y Félix Lizaso.

Era el tiempo en que los hijos besaban las manos a sus padres y las relaciones de ambos se desenvolvían en apacible atmósfera de respeto. Entonces los barcos carecían de piscinas de natación, de salones de cinematógrafo y de orquestas de jazz — y la vida social a bordo se revestía de una severa circunspección. Sobre cubierta se agitaba la oscura marea de las levitas de anchas solapas, aclarada, aquí y allá, por los destellos de seda de las faldas minuciosas. Era en 1875. El 8 de febrero, perforando la neblina del amanecer y avanzando por aguas de Veracruz, el paquete americano “City of Merida” llegaba a su destino. En el pasaje figuraban mujeres y hombres, ancianos y niños. (Ya se sabe que en los vapores no deben admitirse ancianos; pero los dólares sueltan unos reflejos tan limpios...) Unos pasajeros grises como los de la mayoría de los buques. Con la sola excepción de José Martí, futuro héroe, que allí venía. ¡Y qué bien se correspondían, en sutil entendimiento, el salado sabor de la ola con la amargura de ánimo del gran cubano! Buscaba el calor del techo paterno, después de haber sufrido las primeras persecuciones. Su familia esta-

(Sigue en la página 301)

es porque, cuando nació, la Naturaleza le dijo: ¡ama!, y su corazón dijo: ¡agradece!, y desde entonces hizo religión de la lealtad? No. Lo que le obliga a abandonar México es la indignación que siente ante los procedimientos del General Porfirio Díaz; lo que le hace abandonar el país es una de sus severas reglas: “en la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre”. Para Martí “no se sabe de ningún edificio construido sobre bayonetas”; y de Porfirio Díaz, “ginete feliz y vencedor” como le llama entonces, podrá exclamar como de Grant más tarde: “se ha traído las botas de campaña a la Casa Blanca, y yerra”.

Cuando se impone en México el plan de Tuxtepec y Palo Blanco, Martí vislumbra ya el período obscuro y largo que en la historia de México se inicia; entonces vibra como mexicano, con la misma pura vibración que antes le hiciera atacar a nuestros católicos azuzadores de rebeliones armadas; entonces su patria es México, pedazo de América, de que es hijo; y escribe con calor y vehemencia, enderezando los más duros ataques al caudillo triunfador:

“¿Es acaso un delito patriótico pensar que no es conveniente el predominio de Tuxtepec? De manera que este plan está sobre la intimidad del pensamiento, sobre el hogar sacratísimo, sobre el el derecho político, sobre el respeto a la personalidad, sobre la conciencia humana.

“¿Qué viene a restaurar, si todo lo vulnera? ¿Qué libertad respeta, si no deja libre más que la voluntad de admirarlo servilmente?

“¡Ah!, cómo aparecen buenos aquellos tiempos idos, que lastimaban algunas veces la conciencia!, ¡cómo aparecen nimios aquellos abusos que la impaciencia y la volubilidad de nuestra raza convirtieron en graves atentados!, ¡cómo respetaba la libertad aquel tirano derrocado, y cómo la vulnera, desdeña y despedaza este plan que ha venido sobre las alas de la casualidad y la perfidia, a plegar con su peso de errores las libres férreas alas de nuestra grande águila de México!

“Ni por las calles puede andar el ciudadano, ni sobre sus arcas puede calcular el mercader, ni la actividad puede emplearse en las decisiones invulnerables de la conciencia propia.

“La conciencia es el plan de Palo Blanco: él se ha adjudicado la voluntad de todos; él ha absorbido en sí la facultad de pensar y decidir de sus destinos, que nació con cada ciudadano.

“Era un presagio funesto el nombre de la población donde se reformaba el plan de Tuxtepec!”

Parece extraordinario este lenguaje de Martí. Ciertamente que no era menos duro y violento el empleado por otros perío-

(Pasa a la página 300)

Estampas

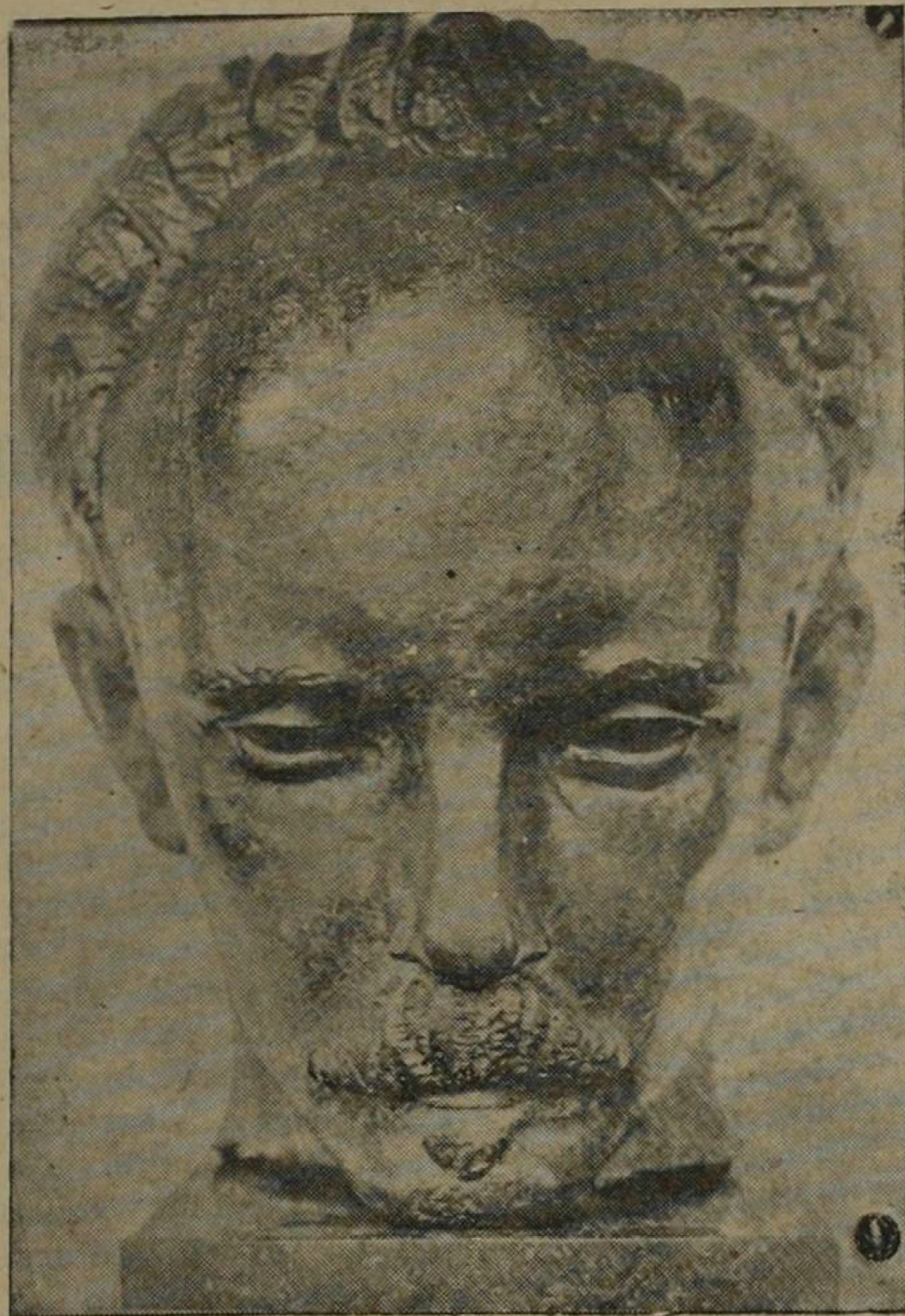
Fué el suyo paso de arcángel

Releyendo el "Epistolario" de José Martí

= Colaboración directa =

Marca de arcángel le puso el mundo a José Martí. Fué el suyo paso de arcángel por esta América que estudió y amó para salvarle decoro y libertad. "Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo ánimos con qué realizarlo—de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos, y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy y haré es para eso". Y al día siguiente, 19 de mayo de 1895, muere Martí en una terrible acometida contra las fuerzas esclavizadoras. Muere Martí el arcángel de carne y hueso que no tuvo reposo, porque fué de los americanos edificadores.

Sus cortos días de campaña sobre campos cubanos dicen al meditador que su grandeza es diferente a la del hombre. El que organizó la empresa enorme de la Revolución pudo haber buscado alero de seguridad. Pero habría sido prisión y vergüenza. No organizó de afuera sino sacándose de su entraña fuerte la obra de redención. Necesitaba ir con ella a Cuba y enseñarle el suelo de la patria en agonía. De la mano la llevó como guía y batallador. La puso en campo suyo para que creciera y libertara. Días majestuosos de campaña. ¿Qué meditador lee los relatos de Martí contenidos en su epistolario y no siente la presencia del arcángel? Luz que ilumina la batalla, una batalla de hombres feroces y sangrientos. De ella participa Martí. A eso vino. Mas no se vuelve salvaje. Pide puestos para hacer blanco sobre gente enemiga. Y se pregunta: "¿Cómo no me inspira horror la mancha de sangre que hay en el camino, ni la sangre a medio secar de una cabeza que ya está medio enterrada, en la cartera que le puso de almohada un jinete nuestro?" Llevaba de la mano la empresa de la Revolución y no ensangrentarse sería acabar con la empresa grande. Se ensangrentó Mar-



José Martí

Cabeza de Juan J. Sicre

tí, pero fué en todo momento superior al ambiente igualador. No cantaba superioridad alguna y se miraba inferior al general adiestrado y al guerrero trajinado. Reconocíanle estatura y no ejercitaba imposición sobre cabezas. Quería ganarse al hombre por el cariño.

Y se lo ganó definitivamente. Al hombre de la Revolución de 1895 y al hombre de todos los tiempos. Llevamos muchas noches de lectura de su epistolario de campaña. Martí nos ha puesto atadura a su espíritu. Se leen y se releen estas cartas profundas. La evocación es clara: "Yo escribo en mi hamaca, a la luz de una vela de cera, sujeta junto a mis rodillas por una púa clavada en tierra". Escribe para alentar al cubano que necesita activo la Revolución y sin el cual la independencia no podrá conquistarse. Escribe y conmueve a través de los años. No hay penalidades para José Martí cuando quiere despertar voluntades. Le to-

ca llevar, hasta desembarcar en costa pedregosa y apartadiza, el remo de proa que le llena las manos de ampollas. Con esas manos sangrantes escribe. Para escribir son sus manos, pero no las retira de la obra del sacrificio. Apenas se le han secado las ampollas y mueve la pluma para animar a la población que debe ponerse a batallar: "Sólo la luz es comparable a mi felicidad. ¡Ah!, si me vieran por esos caminos contento y bien cargado, con mi rifle al hombro, mi machete y revólver en la cintura, a un hombro una cartera con cien cápsulas, al otro, en un gran tubo, los mapas de Cuba, y a la espalda mi mochila con sus dos arrobas de medicinas y ropa, y hamaca, y frazadas, y libros". Quiere infundir una inmensa fe. No cuenta para jactarse. No ha perdido su conexión con los que han quedado fuera de Cuba atendiendo a lo material de la Revolución. Si su palabra no llega al desánimo cundirá. Lo sabe Martí y en

cuanto se pone "a la sombra de un rancho de yaguas" escribe de él que es escribir del alma de la Revolución. Lo han visto organizándola, sacándose de su entraña. Lo que Martí diga será profecía. Y por eso Martí escribe. Nada se le olvida con los dolores de la campaña. Cada epístola contiene la admonición oportuna: "Y a otra cosa hay que atender. A la campaña primera española, la campaña política para reducir la guerra—a que hemos de oponer la habilidad enérgica adentro y Uds. afuera la resolución ferviente y ostentosa de ayudar,—sucederá con la ira del fracaso y el ímpetu de la desesperación, una campaña de fuerza ruda y corta a la que Uds. allá han de estar preparados. Empuje contra empuje". Es decir, Martí tenía el concepto cabal de la Revolución. Las acometidas las ordenaban otros y él era unidad obediente. Pero ni le disputaban nicedía el derecho de guardar la unidad de la Revolución. Por esa unidad buscaba apenas acampaban lugar para escribir. No han de verlo flaquear los que por él se han agrupado en torno a la Revolución. Tampoco él es de los que flaquean. La libertad por la cual lucha está por sobre todos sus afanes. Lo ha predicado con elocuencia y con sobriedad. Por esa libertad está en la campaña vestido de "pantalón y chamarreta azul, sombrero negro y alpargatas".

Es activo Martí y no hay ocupación que no lo llame. La guerra exige al hombre muchas capacidades. Y Martí las tiene, porque es lo que Gracián llama hombre de "universalidad de voluntad y de entendimiento". Para preparar la Revolución ha tenido que preparar su vida. ¿En qué no se ha adiestrado? De todo sabe para poder escribir, porque de sus escritos vive en su andar de perseguido. En campaña cura y cuenta su experiencia así: "Y han de saber que me han salido habilidades nuevas, y que a cada momento alzo la pluma, o dejo el taburete, y el corte de palma en que escribo, para adivinarle a un doliente la maluquera, porque

de piedad o casualidad se me han juntado en el bagaje más remedios que ropa, y no para mí que no estuve más sano nunca. Y ello es que tengo acierto, y ya me han ganado mi poco de reputación, sin más que saber cómo está hecho el cuerpo humano y haber traído conmigo el milagro del yodo. Y el cariño que es otro milagro". Para luchar por la libertad abarcó su vida un horizonte infinito. No estuvo esperando puesto ni se dió el de mayor honor o el de ninguna responsabilidad. Todos los puestos estuvieron vacantes mientras él luchaba. Porque para todos los puestos tuvo universalidad de voluntad y de entendimiento. La unidad de la lucha solo él la comprendía en su sentido profundo. De ahí que se aplique a la variedad de los oficios. Cura al herido y al enfermo con acierto salvándole hombres a la Revolución. Detalles que pasan inadvertidos para quien se asigna un solo puesto en una empresa enorme, son familiares para él que fué la empresa misma. ¿Quién salvará al que cae en la campaña? Y en la campaña atropellada para poderla realizar sin darle tiempo al colindador de que la malogre. Martí será el médico para muchas malqueras. La imprevisión no haré de él nunca juguete. Por esto su obra tiene majestad.

Es majestuoso Martí en todos los detalles de su obra. En estos que nos va revelando su corto mes de campaña por los campos de Cuba hay profundidad. El Martí guerrero es el que más perfiles de arcángel tiene. Luz, luz hacia adelante y hacia atrás, luz por todos los rumbos. De su corazón brota la luz que ilumina aquella lucha sangrienta por la libertad de un pueblo. Ninguna de las atracciones abismales lo hace sucumbir. Martí es superior a todas las fuerzas satánicas. La Revolución es su alma misma y sin embargo la Revolución no lo empequeñece. Le da sentido y trata de matarle lo que haya en ella de instinto. Hacia él van los pensamientos de compañeros y de subordinados. Lo exaltan reconociéndolo creador de aquella magna empresa. "Está serena afuera la noche de este día en que no ví el sol sino cuando las fuerzas formadas quisieran oír hablar al que, con un cariño que en esto rechazo, llaman "el Presidente".

Mi alma es sencilla. En vez de aceptar siquiera en lo íntimo de la conciencia soberbia, este título con que desde mi aparición en estos campos me saludaron, lo pongo aparte, y ya en público lo rechacé, y lo rechazaré oficialmente, porque ni en mí, ni en persona alguna, se ajustaría a las conveniencias y condiciones recién nacidas de la Revolución".

Alma sencilla, es decir, alma pura. Entregado a una obra inmensa no siente que debe hacer en ella sino trabajar en todos los rumbos. Ninguna pasión lo devora. Es por eso fuerte y de universalidad de voluntad y de entendimiento. No quiere volverse jefe de un pueblo. Para hacer mejor los hombres es que lucha. Ejemplo grande el de Martí. Despojado de pasiones, limpio, visionario, es como entra a la Revolución. Y así quiere recorrerla. Cuando otros podrían sentirse dueños de los mayores honores él no cree que deba aceptar otro honor que el de luchador honrado. Alma sencilla en una empresa que ha sido siempre atropello de hombres desatados. Con sencillez desembarca y se interna en la montaña dura. Con sencillez carga al hombro su morral y su rifle y transita a pie. Con sencillez cura al enfermo y al herido. Con sencillez rechaza la designación de Presidente. El, que tenía en sus manos todos los resortes de la Revolución, no quiso mover ninguno que lo empequeñeciera. No veía en un horizonte próximo o lejano el mando atrapado por sus manos. Ni siquiera atrapado por las manos de los guerreros y puesto sumisamente, devotamente en las suyas. El mando como finali-

dad de una lucha es cosa miserable. Es engaño. Es codicia. Es vanidad. Es pasión humana. Y Martí era arcángel y estaba limpio de fauces.

Regó su espíritu por donde fué, y la empresa de libertad de su patria fué la que más lo recogió para sustentarse y perdurar. No hizo obra quebradiza, porque no le nació el aliento de una entraña empobrecida. Alejado de sus campos tuvo para ellos estudio y amor. No recogió miserias mientras aunaba voluntades para la guerra. Comprendió que una guerra no es cosa blanda, pero supo dar siempre el trato de justicia que los sucesos pedían. Tiene tiempo para todos los oficios mínimos y grandes de la campaña. Es la voz de la Revolución y redacta y hace imprimir lo que esa Revolución aspira. "La guerra debe ser sinceramente generosa, libre de todo acto de violencia innecesaria contra personas y propiedades, y de toda demostración o indicación de odio al español". Anda ya en plena campaña y hace saber lo que será la guerra para un pueblo estropeado por el colonizador. No vino a envilecer la vida de ese pueblo. Tampoco a acobardarle. Está ennobleciéndose y por eso le habla de una guerra generosa contra la raza que viene ejerciendo conquista recia. Pero la lucha que es justa para el trato con el que quiere malograrla, es severa contra el que la estorba y se confabula para acabar con ella y perpetuar la esclavitud y el vasallaje. "Con quien ha de ser inexorable la guerra, luego de probarse inútilmente la tentativa de atraerlo, es con el enemigo, español o cubano, que preste servicio activo con-

tra la Revolución. Al español neutral se le tratara con benignidad aun cuando no sea efectivo su servicio a la Revolución". Culminación majestuosa de una lucha fecunda. No es destrucción de un mando para sustituirlo por otro. Es obra de creación lo que Martí concibe y realiza. No la separa de sus manos, no la deja a distancia del calor de su corazón. Mientras ambula fuera de Cuba concibe con visión la empresa. Cuando llega a suelo cubano se trae esa obra y por ella batalla hasta morir atravesado por las balas de un combate duro.

Evocación fina trae al espíritu devoto la lectura del epistolario de campaña de Martí. Devoción por el prócer, que es decir devoción por el hombre que crea patrias para asiento de pueblos dignos y decorosos. Martí es grande, es un arcángel este José Martí. Destruirlo sería acabar con un guía supremo de la América nuestra. Cuando vemos cómo lucha un pueblo oprimido por fuerzas de brutalidad y exterminio, cuando vemos cómo lucha el pueblo cubano contra la tiranía del machadato, comprendemos que Martí está inspirando la lucha. Por Martí crecen en la rebeldía las generaciones cubanas. A Martí lo acatan y hacen de su obra la luz que es exterminio de males. Cobijémonos bajo Martí y continuemos sus luchas. Apenas han empezado. Cambiaron de amo los imperios, pero imperios brutales son siempre. En el aniversario de la muerte del arcángel José Martí renovemos nuestra fe en su visión y en su sabiduría.

Juan del Camino

Costa Rica y mayo 19 de 1933.

Mister Lewis

= Otro de los agudos cuentos de Marcos Antilla, relatos de cañaveral. Edit. Hermes. La Habana. 1955 =

Para Higinio J. Medrano

I

No se le puede pedir al hombre de la guardarraya que se ponga un chaleco fantaseador para recibir a las buenas almas que llegan al cañaveral. Los números no mienten; así dice siempre la contabilidad del ingenio. Y si en la "Cubanacán Sugar Company", todo está regulado por la verdad de lo que no tiene vuelta de hoja, ¿por qué razón va a mentir la fantasía del chaleco imaginativo de unos pobres diablos, que ganan, acaso lo propio, para inflamar la ilusión de que comen con el sudor del trabajo? He aquí, por qué en la colonia no nos dimos cuenta de que algo o alguien llegara. Yo, a quien la ciega certidumbre de mis compañeros me estimaba rey sin ser tuerto, al principio me imaginé que entre nosotros había surgido un fantasma, pero atando corto la criolla imaginación y limpiándome los ojos con el dorso de la mano, vine a ver que no había tal fantasma. No era más que el Reverendo Mister Lewis, sutil y ceremonioso jamaquino, que venía al cañaveral a mostrarnos la olvidada palabra de Cristo, y, de paso, a vendernos la santa Biblia, señalada elocuentemente en este versículo salvador: "Venid a mí los que estáis trabajados y cansados, que yo os haré descansar". En el barracón, comprobé que las leyes psicológicas que regulan el complicado proceso de las percepciones no son paradojas. En verdad, que Mister Lewis, allí, entre estos cortadores de caña, dejados de la mano del hombre, por no decir la de Dios, parecía algo fantástico, con sus lentes de aros de carey, en difícil posición sobre la nariz, regada en toda la cara y su traje moreno de moreno pastor que busca su rebaño extraviado en los campos de caña de Cuba libre, pues, ante nuestra sombra, bajo la luz intertropical, él era un lejano y blanco reflejo de la eterna claridad, mensajero de Aquel que vertió en la tierra sudores de sangre por amor a los que todos los días, en la guardarraya, se beben el sol del cañaveral. Yo le dije a Mister Lewis:

—Bienvenido, Pastor, a esta su casa-barracón; está usted entre camaradas y hermanos; alíviese de la carga de su paquete de biblias y quítese el chaquetón. Como buen hijo de las Anati-las, usted comprenderá que en estas endiabladas latitudes, el calor es el cuarto enemigo del alma y del cuerpo del hombre.

El Reverendo depositó sobre el prieto suelo su carga sagrada, pero no se despojó de su sacerdotal chaquet. Dijo con una aguda y azucarada piedad, mirando para su pieza de espalda:

—¡Oh, esto no es una carga penosa para mí, que siento en el espíritu el calor de nuestro Señor Jesucristo.

—Verdad, Reverendo, "la calentura

no está en la ropa". Ahora me doy cuenta de que dije una tontería. La ropa debe ostentar la dignidad del ministerio que ejerce el hombre, pues ya sabemos que el traje hace el monje.

—Usted me ha comprendido,—rezonó Mister Lewis.

En torno del manso enviado, atador y desatador de espirituales coyundas, podía leerse, como en las diversas hojas de un mismo libro, el alma de aquella veintena de cortadores de caña, casi sometida a un idéntico destino. Resumen de alma antillana, que en los ojos de un Santo Domingo o un Puerto Rico decía curiosidad escéptica; en los de Cuba, irreverencia burlona, mientras el ojo de Haití no decía ni que sí ni que no. Sólo en los faros visuales de la isla de Jaimaica había acatamiento y respeto. Yo me dije: luengos años de Biblia y gobierno inglés no son una vana palabra. Pero, en fin, a excepción de esto, bien sabía yo, que un mismo mar recoge la basura de nuestros pecados ancestrales y la virtud elemental de nuestros mejores sueños...

Comenzó Mister Lewis una especie de culto para salvar el alma del pecador, más la venta de biblias resultó escasa. A penas un par, que leían por turno todos los aficionados a la palabra de Cristo.

—Todo sea por el amor de Cristo—concluyó por decir, no muy satisfecho, Mister Lewis.

Con una aguda intención en la pupila, le dijo el dominicano.

—Reverendo, si no tiene mucho qué hacer, dese una vueltecita por aquí, el sábado, pues suelen bajar algunos colonos cristianos con dinero. Fico Larrachea, el buen hermano de San Francisco de Asís, que protege con tanta caridad a los haitianos que le trabajan barato, tiene dos hijos que hay que cristianizar, porque no creen ni en la bondad de su padre. Además, él tiene siempre este estribillo en la boca, por no decir el hócico: "Al César lo que es del César y a Dios lo que no sea del ingenio". No lo dude usted, Reverendo, es un gran corazón este Fico Larrachea.

Ahora, el sol, iba buscando lentamente la gente de la otra banda, para llevarles el diario beneficio de su luz, ya que a nosotros nos había tostado bastante el pellejo este largo día del Señor. Solitario y libre el cañaveral de nuestros golpes de cuchilla, tenía un suave rumor de mar que se acopla con la tarde. Era la hora en que los haitianos se vuelven sordos y con aguda voz de falsete hablan todos para no oírse.

II

No estoy muy seguro de si el aspecto práctico de su cristiana misión le dió un resultado óptimo al Reverendo Mister Lewis, mas, lo cierto fué, que éste, andando por la colonia el tiempo suficien-

te, hizo que se estableciera la confianza, perdiendo así, una parte de su carácter bíblico, hasta el extremo, de que al portorriqueño, ya le gustaba pasar el rato "a costa del jamaquino". Además, la moral de Mister Lewis, asentada sobre la base del matrimonio cristiano, se puso a prueba muchas veces. La colonia sólo contaba con una mujer, esposa o lo que fuera, de uno de los jamaquinos llamado Fred. Yo no sé si Fred padecía de los ojos o se hacía de la vista gorda, pero el caso era o fué, que el portorriqueño y el dominicano atentaron o atentaban contra la norma de la pareja única. Ante las islas de Santo Domingo y Puerto Rico, un día, Mister Lewis citó versículos de la Biblia contra el liviano pecado del deseo ilegítimo. Y el dominicano, que tenía sus especiales puntos de vista sobre el amor libre, le dijo:

—Reverendo, con esto, nosotros, estamos haciendo el ensayo de la sociedad futura. Por ahora, es el único comunismo a nuestro alcance y el que nos permiten las democracias de las democracias de América.

III

Aquel domingo a Chano Galbán, bajo la pérdida en los espacios de América, según el punto sensato y racional de sus meridianos sociales, hijo de San Pedro de Macorís, en Santo Domingo, y que había caído en el cañaveral como un alboroto chubasco de octubre, se le ocurrió pasar también el rato a costa del Reverendo. No estaba mal embromarle un poco, para sacudir el tedio de los días siempre iguales del cañaveral, donde manejaba la cuchilla de cortar caña, según sus propias palabras, para documentarse en este aspecto de la vida antillana. Y cuando Mister Lewis nos edificaba con el postrer versículo de su partida, le escondió el paquete de biblias. Era curioso observar y poner a prueba la fe de este humilde servidor de Jesucristo.

—Bien hermanos, me voy, porque al que lleva sobre su carne mortal la suave carga del Señor, no le es permitido detenerse en ningún punto de la tierra. El que me ordena es un río de vida, que no se detiene, porque pasa por todos los surcos. Yo les digo como adiós, en la despedida: Es hombre de poca fe el que no pone su causa en las manos del que dijo: "Venid a mí los que estáis trabajados y cansados, que yo os haré descansar".

Automáticamente, Mister Lewis hizo ademán de coger su paquete de libros, mas la mano derecha no encontró nada. Volvió a buscar con la izquierda. Nada, sobre este punto del criollo suelo. Entonces, su mirada trazó un círculo inquisitivo. Nada, nada, absolutamente nada... Una ligera impaciencia hizo parpadear sus ojos, mientras las piernas ampliaron el círculo indagador. Ni el polvo... ¿Dónde estaría el paquete de biblias, Señor?... No era un pedazo de carne, para que selo hubiese llevado el perro del barracón; mucho menos dinero, que siempre solivianta la codicia del pecador.

¿Por qué no estaba, entonces, junto a él, este paquete de biblias? Era una impiedad pensar que se lo hubiese tragado la tierra. Para meditar se concentró en sí mismo, como la futura mariposa en el estuche renovador. Su cabeza movióse de lado a lado, con el ritmo de un péndulo. No, no... No lo dejara olvidado en ninguna parte. El lo había traído consigo, sobre el hombro derecho, que todavía conservaba la huella de su contacto. ¿Entonces?... El Reverendo Mister Lewis, volvió a meditar. Entre un paréntesis de instantes, me envolvió en la impaciencia de su mirada, que preguntaba: ¿sabe usted, por ventura, a dónde ha ido a parar mi paquete de biblias?...

Maliciosamente, yo no supe qué contestarle. Dirigió, más apremiantemente a los demás, la misma muda interrogación. Como si se hubiesen puesto de acuerdo, aquellos hombres negaron con el hombro. Verdaderamente, que aquel día, era el elegido para que el Señor llamara a prueba al humilde siervo, puesto en el camino de su servicio. Mas, en la tierra del mal hay un límite para todo; todo tiene su Alfa y su Omega. Con una nueva impaciencia, acaso tocada del pecado de la ira, el Reverendo Mister Lewis, dijo, por fin:

—¡Señores, si alguno ha cogido, por juego, mi paquete de biblias, devuélvame, pues me voy. Dios castiga al que se apropia de lo ajeno, aunque sea con la mejor intención.

Chano Galbán contestóle muy serio:

—Reverendo, esa desconfianza es pecado, aquí nadie le ha cogido su paquete.

—Sin embrago, yo traje aquí mi paquete.

—¿Está usted seguro?

—¡Segurísimo!

—Mire, amigo, que a Seguro lo llevaron preso.

—Yo no conozco a ese Mister Seguro, pero sí, yo sé, que vine aquí con mis libros.

El portorriqueño dirigió al cielo una mirada socarrona, como preguntándole: Cielo, ¿sabes tú, dónde está un paquete de biblias? Si lo has cogido, tíramelo en las manos, porque el Reverendo se marcha.

El Reverendo, ya con el pecado de la cólera en el cuerpo, apremió:

—Bueno, mi paquete; yo lo conduje aquí, y aquí mismo me lo han robado.

—Reverendo, nosotros somos humildes cortadores de caña, pero no ladrones.

—El que se apropia de las cosas ajenas, sin el consentimiento de su dueño, es un ladrón. En mi país se castiga con mano fuerte el robo. Son muy severas y justas las leyes de Inglaterra. Allí no es como aquí.

—Reverendo, nos está insultando; mire que en todas partes el pez grande se come al chico, y al que se hace de miel le caen hormigas. A nosotros siempre nos están cogiendo el sudor, tanto los nativos como los extranjeros, y no tenemos a quien quejarnos. Ponga usted,

como nosotros, su causa en las manos de Jesucristo.

El Reverendo contestó:

—Cristo habla de la salvación del alma, mas para los intereses del cuerpo, está la justicia de la Guardia Rural. Si no me devuelven ahora mismo mi paquete, voy a llevar mi queja al cuartel.

—¿Sería capaz de hacer eso, Reverendo? ¿Que no se diga de un cristiano!

—Tampoco es cristiano robar a un hombre que ayuda la obra del Señor. El Señor dijo: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios".

Una abierta y al mismo tiempo cerrada carcajada de aquella terrosa patulea cortó las últimas palabras del Reverendo. Entonces, Chano Galbán, sacando de su escondite el paquete de biblias, se lo dio a Mister Lewis, diciéndole muy socarronamente comungido:

—Tome, Reverendo; no era más que una broma; perdonen si hemos cometido pecado.

Mister Lewis cogió su paquete y abriólo para ver si estaba completo; después, lo encaramó sobre el hombro derecho, y a guisa de despedida, nos dijo, severamente:

—En el nombre de Cristo, les perdono, porque me han devuelto intacto mi paquete, pero otra vez, hay que respetar los intereses temporales.

El Reverendo Mister Lewis comenzó a andar rumbo al poblado de "Hormiga Loca". Detrás le seguía la unánime car-

cajada de aquella veintena de cortadores de caña. Digo mal, éramos diez y ocho, pues los dos jamaquinos, por solidaridad, no se reían.

—Hemos pasado un buen rato—me dijo Chano Galbán.

Yo le contesté:

—Eso hay que bautizarlo con ron. Después de todo esto ha sido una ligera crueldad con un buen diablo inofensivo, que se busca la vida en el nombre del Señor; pero, ¡caramba! se nos carga demasiado cuando se nos dice: "poned vuestra carga en las manos de Jesucristo", mientras los otros ponen la suya en las manos del soldado y del juez. Sin embargo, Cristo también fué juzgado.

Chano Galbán, que como buen criollo dominicano, casi todo lo había objeto de chacota, mirando a la guardarraya por donde al otro día tendría que llevar su paso de pulsador de la vida, en el cañaveral antillano, casi clamó, con la sonrisa en los labios y una incontenida emoción en la voz:

—¡Cristo, Cristo, nos están tomando el pelo en tu nombre, pero en tu nombre, hay que luchar por tu verdadera palabra de amor y de justicia...

Yo, Marcos Antilla, acordándome de que no en vano era también un criollo, le dije, dando al viento una carcajada:

—Pero, oye, Chano, ¿eso que has dicho va en serio?

Luis Felipe Rodríguez

El americanismo de Martí...

(Viene de la página 296)

dicos no adictos al caudillo. El "Monitor Republicano", por ejemplo, decía alguna vez: "El plan de Tuxtepec, sostenido por el alfanje de Mahoma: "Cree o te mato", va en las banderas de Porfirio Díaz, pronto a recorrer a sangre y fuego el territorio todo de la República".

Pero tratándose de Martí, ¿cómo se concibe que lo emplee quien dijo: "Cuando tengo que decir bien, hablo. Cuando mal, callo. Este es el modo mío de criticar"?

Además, el momento era tan delicado, que los extranjeros debían cuidarse de no terciar en la cuestión.

Don Anselmo de la Portilla, aquel buen periodista español, propietario y director de "La Iberia", ya desaparecida, escribió también acerca de la situación política; pero a diferencia de Martí, su lenguaje era débil y comedido: "Parecerá tal vez excesivo atrevimiento el mío, **siendo extranjero**, poner la mano en la temerosa cuestión que actualmente se agita en esta República..."

Y entonces ocurre lo inevitable. Las pasiones políticas están desatadas, y divididos lastimosamente los mexicanos. ¿Acaso se hizo público reproche a la actitud de Martí? Acaso el mismo "jinete feliz y vencedor" de Tuxtepec y Palo Blanco, al sentir en el rostro de soldado el tajante ataque de Martí, dió a sus

edecanes la orden de castigarlo? Lo cierto es que Martí tuvo un doloroso anticipo — primer episodio — de lo que poco más tarde habría de ocurrirle en Venezuela, y llegó a su oído puro y bienintencionado el doloroso reproche concretado por Mañach: "¿quién es, además, este sublimador de rebeldías? Un aventurero de la política y de las letras, **un extranjero** que se permite el lujo de adoptar actitudes libertarias". Sólo que la conducta de Martí no es ahora igual a la que observará ante el ataque de Guzmán Blanco. Entonces, abandonará Venezuela, callado y triste, ante tamaña incompreensión y desdicha de un pedazo de su tierra americana, no sin exclamar: "De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, esta es la cuna... De-me Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo". Ahora, en cambio, desahogará su corazón; atacará con mayor dureza al caudillo tuxtepecano en su artículo **Extranjero**, recogido ahora por la primera vez; y se despedirá de México haciendo profesión de fe de su ciudadanía, con palabras que reflejan "la temible indignación de los hombres dulces."

"Es conveniente — escribe al comenzar — que cada hombre autorice sus

pensamientos. Un pensamiento y una firma son un pensamiento y un hombre. Y sin firma, es un pensamiento. Firmando lo que se escribe, se obtienen grandes ventajas: se deslizan promesas, que obligan a consecuencia; se respetan las personas, lo que ensancha el espíritu; se fortifica la personalidad, se contrae el hábito de la responsabilidad, se acostumbra el que escribe a la verdad, a la firmeza y al valor".

Luego añade, como si se expresara de sí mismo:

"¿Qué grande es la voluntad! ¿Qué misterio tan imponente, tan consolador, tan majestuoso, tan bello, el de la personalidad! ¿Qué inmenso es un hombre cuando sabe serlo! Se tiene en la naturaleza humana mucho de ígneo y de montañoso. Hay hombres solares y volcánicos; miran como el águila, deslumbran como el astro, sienten como sentirían las entrañas de la Tierra, los senos de los mares y la inmensidad continental.

"Todos los pueblos tienen algo inmenso de majestuoso y de común, más vasto que el cielo, más grande que la tierra, más luminoso que las estrellas, más ancho que el mar: el espíritu humano; esta espiritual fuerza simpática, que aprieta y une los pechos honrados de los hombres, buenos en esencia, hermanos intuitivos, generosos innatos, que más se aman cuando más se compadecen, y unos sobre los otros se levantan para que de más alto se vea majestuosa la herida dignidad".

Más adelante, analiza de lleno el reproche que le ha herido en lo más noble de su entraña:

"¿Qué trae este extranjero a la mesa donde jamás probó manjar? Trae la indignación, la gran potencia; trae una fuerza interna, que ni se busca vías, ni se prepara lechos, ni huronea conveniencias, ni razona. Los mendigos le comparan a sí mismos: los honrados le abrazan con cariño;—al mendigo, un mendrugo de desdenes;—al honrado, el abrigo del amor.

"La indignación, fuerza potente. Se levanta un hombre sobre la gran voluntad múltiple de todos los hombres; mi voluntad ingobernable se ve gobernada por una altanera voluntad; mi espíritu libérrimo siente contenidos todos sus derechos de libre movimiento y pensamiento; la sangre de mi alma se detiene obstruída en su curso por la sonrisa satisfecha de un jinete feliz y vencedor. Y cuando yo veo a la tierra americana, hermana y madre mía, que me besó en día frío los labios, y a cambio de respeto y de trabajo, me fortificó con su calor: cuando yo veo a esta gran corriente de hombres libres, como azotados y abatidos por las calles, con su personalidad mustia y enferma, con su pensamiento flagelado y vejado, con su voluntad omnipotente y augusta trocada en sierva inerme, en empujada masa, en arena y en pasto de corcel; cuando las voluntades son burladas, olvidada la conciencia, irrespetado el propio fuero,

las leyes suspendidas, las hipocresías mismas de las leyes autocráticamente desdeñadas;—la conciencia, voz alta, se sacude; la indignación, gran fuerza, me arrebató; sonrojo violentísimo me enciende, y sube a mis mejillas ardorosas la vergüenza de los demás. Soy entonces ciudadano amorosísimo de un pueblo que está sobre todos los pueblos de los hombres; y no bastan los hombres de un pueblo a recibir en sí toda esta fuerza fraternal. Es una voz imprudente y divina; es un mandato incontrastable y sobrehumano; es la obligación de este contrato vitalicio, firmado entre el espíritu del hombre y el espíritu inmenso de su Dios".

Y para finalizar el artículo, deja caer estas palabras explicativas:

"No reclamé ciudadanía cuando ella me hubiera servido para lisonjear mejor al poderoso; no hablé de amor a México cuando la gratitud hubiera parecido servil halago y humillante súplica; ahora que de él me alejo; ahora que de él nada espero; ahora que el olvido de las más sagradas leyes suspende una amenaza sobre el que no ha de aprovechar ni hacer valer nunca estas desgracias porque no se queda en México para aguardar día de provecho; ahora, yo re-

clamo mi carta, me ingiero en estas penas, naturalizo mi espíritu, traigo mi voluntad de hombre lastimada, mi dignidad soberbia de conciencia. La conciencia es la ciudadanía del universo.

"Amo esta desgracia; me arrebató esta atentatoria tentación.

"Esta explicación no es para los que me la piden; que los que son capaces de pedirla no merecen oírla:—hay distintas maneras de responder a las gentes; para algo hizo la naturaleza los pies diferentes a las manos.

"Esto explica, porque a México debo todo esto. Aquí fui amado y levantado; y yo quiero cuidar mucho mis derechos a la consoladora estima de los hombres.

"Por serlo, me yergo contra toda acción que me comprima; por serlo, me esclaviza y me seduce cuanto sea para otros hombres motivo de dolor.

"Y así, allá como aquí, donde yo vaya como donde estoy, en tanto dure mi peregrinación por la ancha tierra,—para la lisonja, siempre extranjero; para el peligro, siempre ciudadano".

Para el peligro de América. ¿Y por qué no de la Humanidad? "Patria,—él lo dijo—es humanidad".

Camilo Carrancá y Trujillo

México, mayo de 1933.

Huellas de Martí en México...

(Viene de la página 296)

ba en México y él llegaba de España, a donde fué deportado por el gobierno extraño que dominaba su patria. Aún no se pronunciaban en Cuba discursos de 12 de octubre.

De cómo lo acogieron nuestros hombres de letras y nuestra sociedad; de cómo se vinculó profundamente al país, en lo espiritual; de lo que hizo, de lo que sintió y de lo que escribió aquí; de todo ello, y de algo más, se dará cuenta exacta y cumplida en la serie "Martí en México", de la que acaba de publicarse el primer volumen.

Acaudilla esta paciente empresa de rescatar de archivos y fuentes privadas la huella del patriota en México, la fervorosa voluntad de Camilo Carrancá y Trujillo, profesionista y escritor yucateco, que hurta lícitamente y con innegable provecho algo de tiempo a sus tareas forenses para prender o acrecentar, en otros, su íntima y persuadida admiración por el héroe. El ambicioso alcance de su plan editorial dejaría resquicios a la duda respecto a la realización, si no fuera bien conocido el apasionado amor que estimula su propósito: diez tomos en los que, con objeto de que aquellos que desconocen a Martí puedan abarcarlo en una perspectiva íntegra, recogerá no solamente lo que de modo directo se refiera a México, sino también manifestaciones distintas de su avisado talento. Entre estas últimas cuentan trabajos sobre crítica, literatura y ciencia, y el contenido de los cuatro números de "La Edad de Oro", la revista para los niños que publicó en Nueva York en 1889, y que recientemente fué objeto de cautivador estudio, en La Habana, por Emilio Roig de Leuchsering.

Dirigiendo aún más reflectores sobre el rostro de Martí, para que el close-up que de él se intenta cobre neto contorno, Carrancá y Trujillo atrajo hacia sí a varios colaboradores distinguidos, que aportarán ensayos sobre el mismo Martí situado frente a diferentes temas. No se busca que tales ensayos

tengan forzosa conexión con el texto de cada uno de los volúmenes en que serán insertados, sino que, como haría cualquier regisseur que calcula los efectos favorables, se procura que el héroe—aquí en el otro sentido—se muestre desde los ángulos más variados. Pedro de Alba se ocupará, con indudable sagacidad, de "Martí y los negros". Rafael Heliodoro Valle—tan perspicaz, tan entendido—de "Martí y los indios de América". Jesús S. Soto comentará a "Martí y los problemas sociales de América". Raúl Cordero Amador, "Martí y los niños". Andrés Iduarte, "Martí, político del continente". Raúl Carrancá y Trujillo, "La oratoria de Martí". Gabino A. Palma, "Martí en su epistolario". Juan Pérez Abreu, "El sentido filosófico de Martí". Camilo Carrancá y Trujillo, "Martí en la política mexicana". Además de Miguel D. Martínez Rendón, que ya en el volumen inicial ronda "En torno a la poesía de Martí".

Al principio del libro se encuentra la reproducción de un retrato del gran hombre, en los veintitrés años alimentados de nobleza y valor. Y hacia el final, en el colofón, unas líneas que acrecen la suma de generoso desinterés que ya señalamos en Carrancá: "El producto de su venta (del libro) aumentará el fondo para el monumento a José Martí en México".

Corrido apenas un mes de su llegada a México. José Martí iniciaba su colaboración en la "Revista Universal" (de política, literatura y comercio), de la que era director y propietario el coronel José Vicente Villada. Primeramente, poemas. Luego, a partir del 7 de mayo, con intervalos que van de dos a seis días, aparecen en la primera columna de la primera plana unos boletines redactados por él y firmados con el seudónimo de Orestes. "Humilde boletínista" se llama a sí mismo por ahí.

Cada boletín lo integraba una serie de breves editoriales sobre sucesos del día: arte, política, ciencia, hechos cotidianos. Carranca y Trujillo nos hace fijar la atención en los dos escalonados sufrimientos que mecían el alma de Martí en el punto de su arribo a nuestro país. De una parte, en segundo plano, las penas morales que le habían producido su persecución y destierro. Por la otra, envolvente y turbador, el sentimiento de ver a su patria prisionera de un agudo despotismo. Contaba además veintidós años, la edad en que esa extraña cosa que suele llamarse idealismo se resuelve, por lo general, en gestos y actitudes tan excesivas como estériles. Pero Martí era todo ponderación; supo cubrir con siete sellos sus angustias mientras era llegado el propicio momento de luchar a pecho decubierto—y dedicó su ancha capacidad admirativa a comprender y amar a México. Así le vemos ante nuestros sucesos y nuestra vida, analizando todo con la serenidad, lucidez y cortesía que presidieron su existencia, más una indudable preocupación por los intereses espirituales del país y sus gentes, que, si no supiéramos quién fué Orestes, lo identificaría como mexicano.

En los editoriales suyos que se agrupan en este tomo de "La Clara Voz de México"—el resto de ellos formará otro,—solamente en un punto se nos muestra como impugnador y combativo, por más que sus palabras suenen por un lado a templanza y por el otro a energía. Es cuando se ocupa reiteradas veces de la prensa opositora de la época, que alzaba minas a la fácil navegación del régimen de Lerdo de Tejada. Aquellos periódicos injuriaban y censuraban por hábito sin llegar a sugerir mejores fórmulas de gobierno o a intervenir activamente, sirviendo a su propia facción, durante las épocas electorales. "La prensa—decía Martí—no es aprobación bondadosa o ira insultante; es proposición, estudio, examen y consejo".

Adivina el inminente desarrollo del sindicalismo y reprocha la tibieza de aquellos que debían alentar a sus nebulosos iniciadores. En ocasión de una huelga de artesanos, se organizó una velada cuyos productos les ayudarían a sostener el movimiento de protesta. Se dedicaba el festival a los obreros, que demostraron poseer escasa acústica en los oídos. Martí, entonces, se dolía del caso en estos términos: "Ahora que por vez primera se concreta de un modo solemne esta aspiración justísima, ahora que un ramo de artesanos inaugura la vía de un derecho nuevo y nueva vida, ahora que un ramo determinado tiene el valor de sufrir las consecuencias de esta rebelión pacífica y necesaria a que no estaba acostumbrada ni preparada la clase de obreros—toda esta clase en cuyo provecho general redundan estos actos, todos los que han de gozar luego de los beneficios que ahora tan trabajosamente se conquistan, ¿abandonarán a los que inician el camino, a los que con sus privaciones fecundizan los primeros difíciles pasos de la nueva y muy penosa vía?"

Cuando con tanta cordura el futuro héroe daba forma a estas ideas, era un adolescente. Sin embargo, su perspicacia ya lo había llevado a estudiar con cierta profundidad el carácter hispanoamericano. Véase a propósito, esta alusión suscitada por el establecimiento de unas clases orales en el Colegio de Abogados: "Una lectura no sujeta, antes distrae la atención: la naturaleza humana y sobre todo, las naturalezas americanas, necesitan de que lo que se presente a su razón tenga algún carácter imaginativo; gustan de una locución vivaz y accidentada; han menester que cierta forma brillante envuelva lo que es en su esencia árido y grave. No es

que las inteligencias americanas rechacen la profundidad; es que necesitan ir por un camino brillante hacia ella". ¿No es exacto? Quisiéramos que un problema de matemáticas se ilustrara con arrogantes anécdotas de reyes y guerreros.

En una de las repetidas ocasiones en que salió en defensa del gobierno lerdisto, asediado por las intemperancias de la prensa opositora, Martí nos da ocasión de comprobar qué ajuste tan perfecto tuvo siempre su vida con su pensamiento. ¿Quién no lo reconocerá a él mismo en este retrato que traza del hombre que no soporta tiranías y se ve mordido por la urgencia de sacudir las noblemente? Estas son sus palabras: "Cuando en los corazones generosos arde una idea redentora; cuando a los hombres enamorados de la patria exaltan los errores de los hombres que la rigen; cuando la indignación por la justicia oprimida se enciende en hombres puros con todo el fuego de verdad, entonces esta oposición que sería santa, no se contenta con lanzar injurias al rostro de aquel cuya serenidad le desconcierta; entonces por su propio vigor altivo, la indignación creciente y comprimida estalla con una fuerza poderosa: entonces se dicen palabras a las que no se puede responder; entonces se congrega al pueblo, y el pueblo quiere lo que es bueno; entonces se ve la honradez en la frente de los

apóstoles, no el deseo ni la ira en las palabras destempladas de los despechados y ambiciosos".

Y así veremos siempre al ardoroso Orestes, quemándose en los fuegos de la verdad, adoc-trinando corazón en mano. Como intermitente luciérnaga, también la ironía brilla en él, aunque con grandes intervalos: "Allá se duele un poeta porque la tierra no lo entiende, cuando fuera tal vez cuerdo oír los lamentos de la tierra porque el poeta no la ha entendido". Pero no es el anterior el tono común en Martí. El sólo está allí donde puede encontrarse codo a codo con un problema, con una generosidad, o con el imponente acompañamiento del sacrificio.

Decía la antigua canción cubana que en México estuvo de moda diez o quince años atrás: "Martí no debió de morir..." (En nuestro país, al cantarse, el nombre de aquél era substituído por el de Juárez). Es una ligereza verbal del compositor, por mucho que el corazón haya movido su mano. Porque la muerte, al fijar su muralla de sombras ante el camino de Martí, le añadió allí mismo, junto a su erguida estatura moral de hombre íntegro, el aún más perdurable homenaje de elegirlo y consagrarlo héroe.

Antonio Acevedo Escobedo

México, 1933.

Pensando en Clara Diana...

Mi querido Joaquín:

Se acerca ya el veinte de julio, fecha que tiene un significado profundo para los escritores de Costa Rica. Va a cumplirse el primer lustro del tránsito a la "región de las nobles sombras y de los piadosos recuerdos" de aquella efímera sensitiva que se llamó María Ester Amador, Nerto, Clara Diana.

Adolescente de posibilidades prodigiosas, su recuerdo, siempre encendido en nuestras almas, nos hace preguntarnos por qué seguimos amando con este mismo fuerte amor a esa jovencita cuya cabeza nos parece embellecida por una aureola de leyenda: tan pura, tan suave, tan luminosa la vemos al través de la distancia!

Vivió con vida tan activa que su alma se difunde en nosotros aún después de haber trascurrido muchos días en los que no hemos visto vagar, por sus ojos encendidos como si estuviesen cansados de tanto llorar, aquella sonrisa picaresca e inquieta que caracterizaba su ingenua fisonomía imborrable.

Pasó por la vida buscando continuamente un sol, una cultura, un cielo. Alma errante la suya a pesar de vivir apriada en la celda maravillosa de un cuerpo enfermo. Fué una creatura blanca, blanca y brillante como una estrella. Era un alma que se agitaba, llama al viento, y que en su mismo calor se iba fundiendo lenta, lentamente, ansiosa de ausentarse lo más pronto posible y temerosa de alzar el vuelo demasiado pronto.

Para ella brillaba una gran hoguera, allá, lejos: era el idilio supremo que muy temprano se iniciaba con ansieda-

des que aun hoy hacen temblar al través de los días.

Se sentía, a veces, como piedra preciosa alejada de los astros con los que sostuvo sabias divagaciones estelares; se creía una hoja seca con anhelos de volar sin rumbo, al azar, pasando sobre las cabezas como un pensamiento saturado de compasión y de benevolencia; perfumó al par de una rosa de bienaventuranza de esas que formaron el rosario maravilloso que Jesucristo fué desgranando, pétalo a pétalo, perfume a perfume, matiz a matiz, en su profundo Sermón de la Montaña; fué una lágrima de las que refrescan el espíritu, de las que brotan, admiradas y admirables, de una fuente escondida cuya cantarina voz apenas se oye; fué una tenue sombra del amanecer, de esas que llenan, la mirada penetrante de una inquietud insaciable de conocer, de comprender.

Y su espíritu, que se sintió torturado por el deseo de prolongarse, hacia el infinito, convertido en una guirnalda milagrosa que fuese prendiendo florecillas de color a la vera del camino, obtuvo del Supremo Hacedor ese bien: la guirnalda siempre viva sigue dando envidia a la luz con sus matices delicados, continúa aromando el ambiente espiritual con sus perfumes siempre frescos y sin sabor de amargura.

María Ester — Musia la llamaba yo como a la otra María inolvidable—se complacía en dejarse llevar por un fatalismo semiorientista que contrastaba evidentemente con la voluntad enérgica que con frecuencia se ve surgir de su libro "Atardeceres", biblia ingenua que es todo un poema de fuerte ensoñación.

En ese libro Ella logró realizar una

Palabras en el Trópico

= Del Diario de la Marina. Número centenario. La Habana, 1933 =

Trópico,
con tu luz viva
tuestas las nubes altas
y el cielo profundo, ceñido por el arco del Mediodía.
Tú secas en la piel de los árboles
la angustia del lagarto.
Tú engrasas
las ruedas de los vientos
para asustar a las palmeras.
Tú atraviesas
con una gran flecha roja
el corazón de las selvas
y la carne de los ríos!

Te veo venir por los caminos ardorosos,
Trópico,
con tu cesta de mangos,
tus cañas limosneras,
y tus caimitos, morados como la boca de las negras.
Te veo las manos rudas
partir bárbaramente las semillas
y halár de ellas el árbol opulento,
árbol recién nacido, pero apto, como un atleta joven,
para echar a correr por entre los bosques clamorosos!

Aquí,
en medio del mar,
retozando en las aguas con mis Antillas desnudas,
yo te saludo, Trópico!
Saludo deportivo,
primaveral,
que se me escapa del pulmón salado
a través de estas islas escandalosas que son también hijas tuyas..
(Dice Jamaica
que ella está contenta de ser negra;
y Cuba, ya sabe que es mulata!)

Ah,
qué ansia
la de aspirar el humo de tu incendio,
y sentir en dos pozos amargos las axilas!
Las axilas, oh Trópico,
con sus vellos torcidos y retorcidos en tus llamas!

Puños los que me das
para rajar los cocos, tal un pequeño dios colérico;
ojos los que me das
para alumbrar la sombra de mis tigres;
oído el que me das
para escuchar sobre la tierra
las pezuñas lejanas!

Te debo el cuerpo oscuro,
las piernas ágiles y la cabeza crespa;
mi amor hacia las hembras elementales
y esta sangre imborrable!
Te debo los días altos
en cuya tela azul están pegados
soles redondos y risueños;
te debo los labios húmedos,
la cola del jaguar y la saliva de las culebras;
te debo el charco donde beben las fieras sedientas;
te debo, oh Trópico,
este alborozo niño
de correr en la pista
de tu delgado ceñidor lleno de rosas amarillas,
riendo sobre las montañas y las nubes,
mientras un cielo marítimo
se destroza en interminables olas de estrellas a mis pies!

Nicolás Guillén

de sus más hondas aspiraciones: cortar flores y no verlas morir; echarlas, recién separadas de sus tallos oscilantes, a los vientos y a las fuentes, cantar la canción que termina en luz y no en gemido; amar mucho en una sola noche, la corta noche de su luminosa vida, para que al amanecer, de todos los días, esté fresca la rosa aprisionada en los labios.

Y de ese libro armonioso que leo siempre con devoción fraterna, vengo hoy a hablarte querido Joaquín. Está huérfano el pobre, está solo! ¿Por qué, en tus heroicos esfuerzos de editor comprensivo, no publicas el volumen hermano: el de los versos emocionados y el de las prosas narrativas que Ella, Clara Diana, dejó en desamparo conmovedor?

Al cumplirse el quinto año de su ascenso, nos harías soñar de nuevo arrullando nuestro ensueño la voz deliciosamente melodiosa de aquella alma de flor y de estrella, de aroma y de armonía.

Al sentir que sus palabras y sus oraciones van muriendo en nuestros labios que les dan nueva vida, nos parecerá que Ella, a nuestro lado, nos habla dolorida de la flor que nos obsequió y que nosotros, ingratos, olvidamos en el camino.

Y la música de sus escritos ha de hacer que nuestra alma se deshaga en dolor, angustia que calmará la gentil Sa-

maritana desaparecida, con el agua de su cántaro que será maravillosa para los corazones que tanto la amaron y que tanto la aman.

¿No lo crees así, compañero?

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA:

Germán Arciniegas: <i>Memorias de un congresista</i> . Prólogo de B. Sanín Cano.....	4.50
Ladislao Reymont: <i>El Vampiro</i>	3.50
José Ortega y Gasset: <i>Rectificación de la República</i> . Artículos y discursos.....	2.50
Eugenio D'Ors: <i>Oceanografía del tedio</i> ..	2.50
Salvador de Madariaga: <i>España</i> . Ensayo de historia contemporánea.....	4.25
Ben B. Lindsey y Wainwright Evans: <i>Matrimonio de compañía</i>	7.00
Manuel Lezaeta Acharán: <i>Sífilis y gonorrrea</i>	1.50
Juan José Morato: <i>Pablo Iglesias, educador de muchedumbres</i>	3.50
Salvador de Madariaga: <i>La jirafa sagrada</i>	3.00
Salvador de Madariaga: <i>Semblanzas literarias contemporáneas</i>	3.00
Aloys Müller: <i>Introducción a la Filosofía</i>	7.00
F. Mehring: <i>Carlos Marx</i> . (Historia de su vida). Pasta.....	15.00
Juan Tamayo y Rubio: <i>Teoría y técnica de la literatura</i> . (Preceptiva literaria)....	6.00
Stefan Zweig: <i>La curación por el espíritu</i> . Pasta.....	12.00
Ramón del Valle-Inclán: <i>Claves Líricas</i> ..	3.50
Albert Thomas: <i>Lecturas históricas</i> . Historia anecdótica del trabajo. Pasta.....	3.00

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

Te abraza con la simpatía de siempre.

José Fabio Garnier

San José de C. R., 19 de Abril de 1933.

Señor don José Fabio Garnier.

Pte.

Mi querido José Fabio:

Leí con sumo gusto la carta en que me hablas de una posible edición de algunos versos y narraciones que dejó escritos María Ester Amador, o como se la llama en las letras costarricenses: Clara Diana. Me parece muy bien lo que propones. Mas personas interesadas en que la edición se haga, es lo que falta. De "Atardeceres" quedaron sin venderse ciento y pico de ejemplares, esto es, en colones, el déficit de la edición. Conoces muchas maestras a quienes podría pedir-seles la cooperación, y como tú, hay unos cinco o seis amigos constantes de Clara Diana que por caminos diversos podrían hacer lo mismo; hasta juntar unas 200 suscripciones al libro en proyecto. De otro modo no me atrevería a editarlo en estos momentos, no obstante que recuerdo a nuestra finada amiga con cariño y aprecio. El mismo con que guardo los papeles inéditos que tú quieres ver en el segundo y último tomo de sus obras, digamos. Estoy listo a servir a la memoria de Clara Diana.

Vengan otros y ayúdenos. Los aguardo.

Entre tanto, como siempre, considérame tu amigo y servidor affmo.

J. García Monge

Suscripción al tomo: ₡ 2.00.

Tarjeta bibliográfica de José Martí en el "Repertorio Americano"

TOMO I

Martí y Unamuno. (Carta de Unamuno al Dr. Gonzalo Aróstegui). Pág. 22. No. 1.

TOMO II

José Martí, poeta. Por Rubén Darío. Pgs. 243, 257, 283 y 304. Nos. 17, 18, 20 y 21.

Comité organizador de la Biblioteca, Galería Iconográfica y Museo "José Martí". Por Arturo R. de Carricarte. Pág. 356. No. 30.

TOMO IV

José Martí. 19 de Mayo de 1895. Por Luis Lagomasino A. Pág. 197. No. 15.

Martí: maestro de niños y de hombres. Por Higinio J. Medraño. Pág. 199. No. 15.

Testamento Cívico de José Martí. Pág. 357. No. 26.

TOMO VIII

José Martí. Por V. García Calderón. Pág. 88. No. 6.

El cuento de los cuatro ciegos. Por José Martí. (Sacado de "La Edad de Oro"). Pág. 198. No. 13.

Tiene el leopardo un abrigo... (De los Versos Sencillos). Por José Martí. Pág. 214. No. 14.

Los dos príncipes. (De "La Edad de Oro"). Por José Martí. Pág. 270 No. 17.

Carta de José Martí a su madre. (Montecristi, 25 de Marzo de 1895). Pág. 352. No. 21.

TOMO IX

Petrona Revolorio. (Sacada de "Amistad funesta"). Por José Martí. Pág. 10. No. 1.

TOMO XI

Buda. (Sacada de "La Edad de Oro"). Pág. 79. No. 5.

TOMO XIII

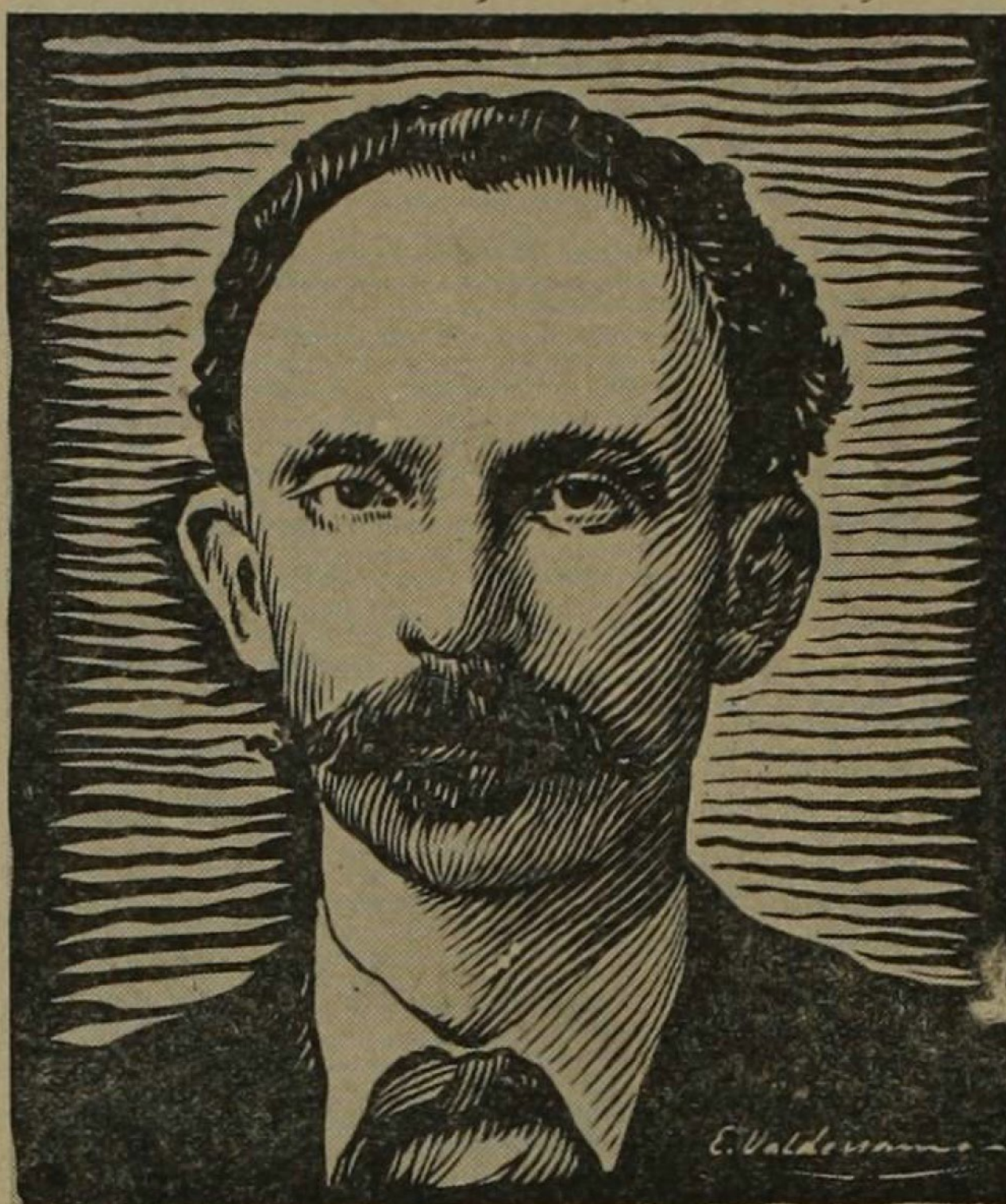
Un sembrador de estrellas. (Ensayo sobre José Martí). Por José de la Luz León. Pág. 225. No. 15.

TOMO XIV

La diestra de Martí. Por F. Laguarda Jaime. Pág. 328. No. 21.
Martí. Por Luis Araquistain. Pág. 328. No. 21.

TOMO XVII

El genio ibero-América. Por José Vasconcelos. Pág. 8. No. 1.



José Martí

Dibujo de E. Valderrama

TOMO XXI

Bolívar y Martí. A propósito del centenario de la muerte del gran Libertador. E. Roig de Leuchsenring. Pág. 127. No. 8.

TOMO XXII

Cecilio Acosta. Por José Martí. (De "Nuestra América"). Pág. 204. No. 13.

TOMO XXIII

Martí. Por Pedro Henríquez Ureña. Pág. 33. No. 3.

TOMO XXIV

Gabriela Mistral y José Martí. Por Juan Marinello. Pág. 49. No. 4.

Martí y nuestros niños. Por Félix Lizaso. Pág. 320. No. 20.

Martí y los niños. Por Juan Marinello. Pgs. 361 y 377. Nos. 23, y 24.

A propósito de "La Edad de Oro" de José Martí. Por Juan del Camino. Pág. 380. No. 24.

TOMO XXVI

En cada calle, un kindergarten. Por José Martí. (Fragmento de "Los Estados Unidos"). Pág. 230. No. 15.

Manuel Gutiérrez Nájera en "El Americano". (Fragmento de "Nuestra América"). Por José Martí. Página 240. No. 15.

José Martí y Gutiérrez Nájera. Por José de J. Núñez y Domínguez. Pág. 240. No. 15.

Un estudio costarricense, e inédito, sobre José Martí. Por Carlos Jinesta. Pág. 255. No. 16.

Hombre de servicio y de pensamiento. Por Félix Lizaso. Pág. 289. No. 19.

José Martí, artista. Por Juan Marinello. Pág. 292. No. 19.

El americanismo de Martí. Por Camilo Carrancá y Trujillo. Pág. 296. No. 19.

Huellas de Martí en México. Por Antonio Acevedo Escobedo. Pág. 296. No. 19.

Fué el suyo paso de arcángel. Por Juan del Camino. Pág. 297. No. 19.

Tarjeta bibliográfica de José Martí en el "Repertorio Americano". Pág. 304. No. 19.

José Martí. 19 de mayo de 1928. Por Santiago Argüello. Pgs. 120, 143 y 326. Nos. 8, 9 y 21.

TOMO XVIII

El poeta José Martí. Por Juan Marinello. Pgs. 232, 245 y 263. Nos. 15, 16 y 17.

La prosa heroica de Martí. Por

Benjamín Jarnés. Pág. 346. No. 22.
Los Ingenieros del puente de Brooklyn. (Sacado de "Los Estados Unidos"). Por José Martí. Pág. 251. No. 22.

TOMO XIX

Martí y "La Edad de Oro". Por Ernesto Morales. Pág. 265. No. 18.

Tiene Ud. Dispepsia?

Se cura fácilmente usando

SAL UVINA

en su dieta.

AGRURAS - FLATULENCIA - MAL
ALIENTO - DOLORES DE CABEZA

Síntomas todos de que
su digestión anda mal.

Desaparecen RAPIDAMENTE con
el uso de la

SAL UVINA

HERMANN & ZELEDON
BOTICA FRANCESA